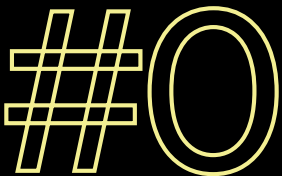


LE chica TRA



CHRISTIAN SOLANO · M@RLA CORALES · VILL@NIAS
· JAVIERA BARRIENTOS · VÍCTOR VIVES
· CECILIA ZAMOR@NO · AMANDA TÉLLEZ
· M. PAZ GONZÁLEZ DURNEY · GABRIEL JEFFERIES ·
M@RIANA GRUNFELD SEBASTIÁN VARGAS
· PAULO CAÑÓN · JAIME COZ · ÁLVARO BISAMA



LE TRA

Dirección

**Christian Solano, Felipe Villanueva & Marla
Corales**

Edición de textos narrativa y no ficción/otros
géneros

Christian Solano

Edición de textos poesía y no ficción/otros géneros

Marla Corales

Edición de textos, gráficos e imágenes

Felipe Villanueva

Corrección

Christian Solano

Dirección de arte

Felipe Villanueva

Comunicación/redes

Marla Corales

chica

ind EX

2
introducción

6
narrativas

8
espumador
de leche

11 

la voz
de la
montaña 12


15
corta
limpio

22
al principio
del final

23
la cuarta
persona

one 26
direction

28
vacas
en la
playa

35


36
hilos

poéticas 42


44
poemas
mariana
grunfeld



48
piensa
mientes
gordos

49



50
poemas
sebastian
vargas

54
hallazgos
& rarezas

56
alejado de los
grandes centros
urbanos

62
nuestros
hermanos
mudos

64
anotaciones
de campo

66


68
entrevista
a overol

72
reseñas
chicas

74
la liga
poética
del fin del
mundo

in
tro
duc
ción

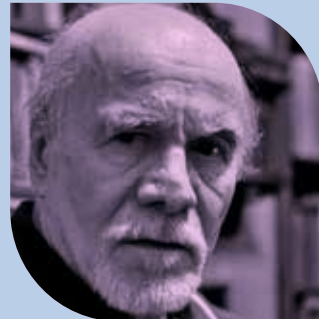
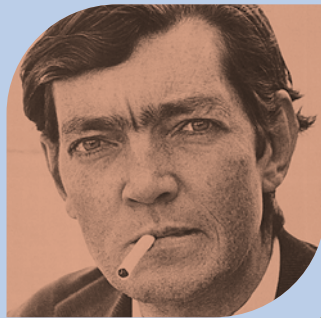
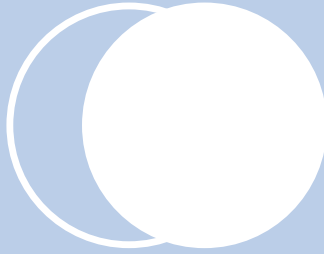




* las introducciones son una forma de preámbulo o anticipación (o incluso relleno) con la declaración de intenciones de contenido. Por ejemplo, en el caso de una revista de escritura (que casualmente es el caso) se exponen las intenciones / motivaciones / expectativas de sus creador@s. Estas suelen ser extremadamente ambiciosas, sobre todo considerando que las revistas de esta índole –como la que usted sostiene en su mano o scrollea en su pantalla analógica– no sobrepasan los tres o cuatro números. quizás esta desmesura de los prólogos viene ya señalada x ese documento llamado la Biblia, donde con bombos y platillos, se da a entender que se hablará sobre la creación toda y terminamos, en cambio, leyendo apenas las aventuras de un pueblo con 1 desfile de personajes pintorescos. también están los prólogos a manuales de uso que piden a gritos su atenta lectura antes del empleo del dispositivo o adminículo en cuestión. y por lo general esa lectura se pasa por alto. tal como esta misma, que es también omitible.



chica



Primero que nada —o que todo— ¿por qué escribir? Se hizo el verbo & surgió la pregunta, o + bien la duda, o acaso la inquietud.

Escribimos para entendernos y, al mismo tiempo, para complicarnos; para ordenar el mundo y sumergirnos en el caos; para ponernos en el lugar del otro y no ser como los otros; para vivir las vidas que nos sería imposible vivir si no escribiéramos y escribir sobre la imposibilidad de ser otros; para dejar un testimonio y borrar nuestras huellas; para exorcizar la existencia y para invocar los demonios que nos acosan; porque nos quedan cortos los libros que leemos y porque queremos leer los libros que no se han escrito como nosotros los escribiríamos.

¡Vualá!

(excepto que esto tampoco agota la pregunta o duda o inquietud, por supuesto)

Quizás escribimos para saber por qué escribimos. O como un ejercicio de estilo. O de tripas corazón. O para vaciar el tiempo. O por un mandato superior o corporal, incluso. Pero scrolleemos con otros ejemplos.

En *Escribir* Marguerite Duras establece: «Si se supiera algo de lo que se va a escribir antes de hacerlo, antes de escribir, nunca se escribiría. No valdría la pena... Escribir es intentar saber con antelación qué escribiríamos si escribiésemos». Por contraparte hay quienes escriben partiendo x el final —como quien redacta un epílogo en vez de un prólogo—. La historia nace de 1 pregunta inicial, como dice la escritora argentina Betina González en *La obligación de ser genial*: «Sé que estoy frente a una buena idea para una novela si me genera una serie emocionante de preguntas. Una historia que genera preguntas es una historia que pide ser contada». Por su lado Abelardo Castillo advierte: «No cualquier cosa, por el mero hecho de haberte sucedido, es interesante para otro» —advertencia para l@s creador@s de contenido—. Entablando un diálogo con su maestro también nos dice Liliana Heker: «El personaje que el escritor mejor conoce, y el que más lo perturba, es, presumiblemente, él mismo ». En *Procesos técnicos* Ariel Bermán cuenta: «“El argumento es totalmente verdadero porque lo imaginé de cabo a rabo”, decía Boris Vian. ¿Lo vivimos o sólo lo escribimos? ¿Dónde está el límite? ¿Nuestra realidad es un artificio de la ficción?». «Escribir es una manera de vivir» dice Flaubert en boca de Vargas Llosa quien cita esa máxima hasta la extenuación. Rodolfo Walsh, a su vez, cita a Rilke que quizás dijo o escribió: «Si usted puede vivir sin escribir, no escriba»*. Otro consejo menos elegíaco y más tautológico es que la única manera de escribir es escribiendo. Cuando a Cortázar le preguntaban sobre escribir, proponía primero romperles una silla en la cabeza; si después de eso, no han cambiado de parecer, entonces recomendaba leer, después leer y después leer más y sólo después ponerse a escribir.

Al final del día la pregunta sigue siendo la misma: escribir o no escribir. Cuál de las dos cápsulas —la roja o la azul o si es usted daltónico@ invierta las anteriores— preferimos. Consideramos que a despecho del ingente volumen de publicaciones, así como reflexiones, así como digresiones en torno al tema, escribimos como un ejercicio de lateralidad y porque a final de cuentas, y aunque esté todo super dicho, *queremos* escribir. Escribir tiende conexiones entre lector@s y atur@s, crea comunidades y permite que la hoguera no se apague: y así sentarnos frente al fuego digital —o físico— para narrarnos, una vez más, esas mismas o nuevas historias y preguntarnos, una vez más, porqué lo seguimos y seguiremos haciendo. Aunque todo esto sea pura letra chica.



na
RRa
ti
vas





* la narrativa, también llamada prosa, es un dispositivo con el cual podemos contarnos ficciones linealmente mediante palabras que se encadenan y arrojan significados. su ejercicio viene certificado por miles de años de uso indiscriminado de homínidos contándose historias l@s un@s a l@s otr@s. algunos estudiosos y parapsicólogos incluso declaran que la humanidad es lenguaje. se supone que antes de la escritura fue el habla y antes el canto y antes el latido y antes sonidos guturales, como los que emiten ciertos macacos en lo + profundo de la selva. así como una imitación –porque todo es mimesis– de, por ejemplo, el sonido que hace el fuego al destellar en la hoguera. de ahí vendría el hecho de que en muchas de las babilónicas lenguas que se hablan hasta la fecha la palabra FUEGO tiende a partir con la F. ¿pero cómo podemos darle crédito a estas que son, en el fondo, puras ficciones (que también es con F, valga la redundancia)?



chica@s

Le aviso a mi amiga que iré temprano a verla por su cumpleaños, antes de que comience todo. No quiero ir en la noche; no quiero ver mucha gente, menos gente que no conozco o, peor aún, gente que conozco poco. Ella por mensaje me pregunta por qué. Yo le respondo que le compré un pequeño pastel.

Me abre la puerta, la abrazo y le entrego el trozo de torta. En menos de dos minutos me ofrece un café. Perfecto, siempre que llego a un lugar se me antoja uno.

Solía tomar americano, pero desde hace un tiempo le he agarrado el gusto al capuchino. Este nuevo placer ha significado un gasto extra, ya que no sólo lleva un ingrediente más que un americano, sino que además tiene un cobro adicional porque lo tomo con leche vegetal.

Un café —independiente del tipo que sea— no es un gran gasto, dependiendo de la cantidad de veces que necesites tomar uno. He notado que me funciona mejor —algo mejor— escribir sentada en una cafetería. Mi pieza ha ido dejando de ser un lugar que induzca mi concentración. Incluso después de ordenarla; de aspirar, doblar la ropa, botar basura, sacar loza sucia y encontrar la caja que tiene las cartas del colegio, leerlas todas y mirar fotos antiguas y revisar perfiles de compañeros en Instagram. Todo lo contrario, es más bien como jugar al tesoro escondido con mis versiones del pasado, cada una de ellas con distintos estados de ánimo.

Me comenta que tiene leche vegetal, qué suerte. Me ofrece un capuchino y saca un objeto de un cajón. Un espumador de leche, lo compré en el mall chino, dice. Se ve práctico, pequeño, fácil de usar. Si lo encontró en un mall chino debe tener buen precio y probablemente puedo comprarlo en cualquier otro. Hay un par que quedan de camino a mi casa.

No considero que cualquier cafetería sea óptima. Los requisitos tampoco son demasiados; un enchufe cerca de una mesa, que la música no sea demasiado intensa porque me altera, ni una playlist de rock pop latino, ya que el karaoke es uno de mis panoramas favoritos y si hay una canción que me sepa, no puedo evitar cantarla.

Mi amiga me menciona quiénes asistirán a su celebración en la noche. Yo hago un gesto de desinterés. Luego uno de disculpa. Me quiero disculpar por no quedarme; otro día lo haría, hoy prefiero prevenir. No quiero terminar intentando pasarlo bien y demostrar que lo estoy haciendo. Tendría que actuar y hoy no me siento especialmente buena actriz.

Quiero preguntarle cuánto le costó el aparato, me imagino que no demasiado. En menos de una hora puedo estar en el mall chino averiguando y —si no es muy elevado— comprando el mío. Las ganas de ir a comprar el espumador, cambiaban mis planes de volver lo antes posible a mi casa. Está bien. Es como si pudiera devolverme al inicio del día y, en vez de apoyar el pie izquierdo para bajar de la cama, dejara caer primero el pie derecho. Con gusto puedo demorarme un poco más.

Conversamos un rato, me cuenta sobre los regalos que le dio su familia. Mi café efectivamente tiene espuma de leche. Calculo que las tiendas deben cerrar en media hora. Le digo que lo pase bien, que mande mis saludos. Ella me agradece, siento que lo dice en serio; eso me alivia. Mientras camino, defino hasta qué precio estoy dispuesta a pagar, imagino un rango y calculo sumando la leche y el café.

Llegaré a prepararlo, si me queda lo suficientemente rico mañana ordeno la pieza. Siento una determinación, de la cual suelo desconfiar, pero elijo no hacerlo. Si mañana ordeno la pieza pasado mañana me siento con mi capuchino preparado en casa y me pongo al día con las tareas que me di para avanzar en mi proyecto.

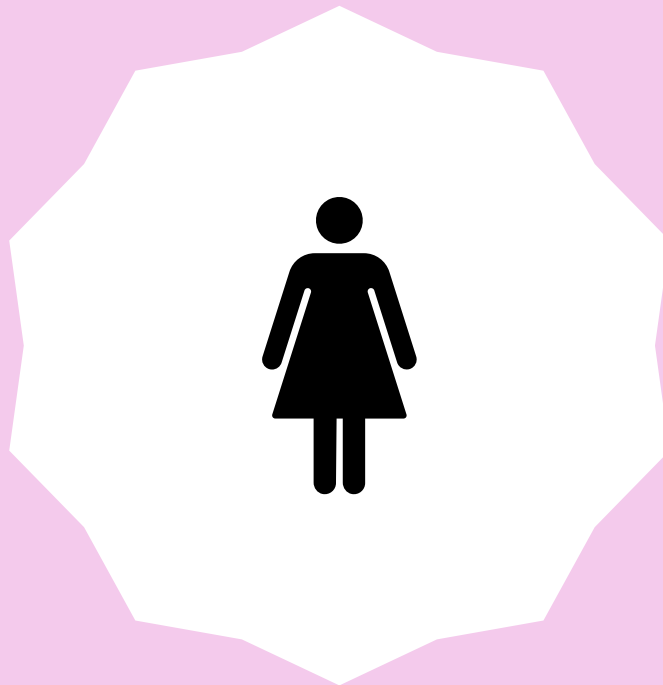
En el almacén compro leche vegetal y café de grano. En el chino, el aparato. Aunque es considerable, no suman una cifra excesiva. Vale la pena. Es una inversión.

Llego a mi casa, preparo el café en la prensa francesa, caliento la leche en el microondas y cuando estoy lista para batir, noto que mi nuevo mini electrodoméstico necesita pilas. Pilas doble A. Fácil, el control remoto, pienso. Pero no, la tele tiene uno pequeño que no usa esas pilas. No tengo linternas, no tengo grabadoras ni cámaras de fotos. Hurgueo los muebles. No son muchos, pero uno pensaría que una pila doble A se encuentra en el primer o segundo cajón. Reviso cajas, pero no encuentro ni siquiera una de las dos pilas que necesita.

Me tomo el café sólo. Tibio. La leche queda servida, el espumador sin usar encima del mesón. Ordenaré más tarde o mañana. En mi pieza, con mi antebrazo corro todo lo del escritorio hacia un lado, hago algo de espacio, pero de todas maneras prendo el notebook acostada sobre la cama. Me gusta el capuchino, no el café con leche. En ese caso prefiero el americano, sin azúcar ni endulzante y bien caliente. No tibio.

Intento escribir. Armo dos frases y borro dos y media. Hago un listado de palabras que me sirvan como guía para continuar después. No me lavaré los dientes. Pestañeo lento, aparto el computador, apago la luz y me meto bajo las sábanas. Espero que el café no me de insomnio, si me duermo temprano, quizás mañana puedo ordenarme un poco y ponerme al día con algunas tareas, con algunas cosas.





Javiera Barrientos es actriz, dramaturga, directora y docente teatral, egresada de la Escuela de Teatro de la Universidad Mayor (2019). Ha estrenado las obras “R.E.B.O.R.N.”, “En Buenas Manos” y “Requisitos” – las últimas dos de la Compañía Gato Chino de la cual es fundadora—. En el año 2024 se adjudica la Beca de Creación Literaria con su proyecto de cuentos “Punto rojo en el mar”. en la actualidad se encuentra cursando el Magister en Escritura Creativa en la UDP.

—  #gatochino.cia



—  #jjavierab





sobre la tibia y blanca **leche** podemos citar, como no, “El vaso de leche” de Manuel Rojas y “La historia de la Leche” de Mónica Ojeda, así como el juego y la película que llevan el título “Mala leche” —otra expresión chilena que significa algo así como “mala onda” o “malo de adentro”—. “La tibia y blanca leche” es referencia a la traducción que hizo Borges del cuento “The cat that walked by himself” de Rudyard Kipling, uno de sus autores predilectos y sobre quien dijo que “escribía con todo el diccionario”. Sobre si Borges habrá o no disfrutado la tibia y blanca leche es difícil saberlo aunque, por sus aficiones británicas, vamos a asumir que sí y que, si bien, no tomaba leche sí le imponía una “nube de leche” al té o, al menos, conocía esa expresión británica que reza “Not my cup of tea”, que nada tiene que ver con la leche como sí la expresión española que dice “¡Es la leche!” para significar algo bueno.

Hace frío y casi no veo. Nubes. Me detengo en ellas. En las fotos parecen de azúcar, pero en una montaña son de verdad; se huelen. Adelante de mí, en la cordada, está ella, Beatriz, mi esposa hace 24 años. Las canas en su pelo son grietas en su melena. Atrás va una mujer joven, que cuenta del 1 al 20 para no perder la cabeza en el camino a la cima; si después del 13 no sabe si viene el 14, el cansancio o el frío le están jugando una mala pasada, la peor pasada como dice ella, con una preocupación de mujer vieja. Y atacando la cumbre Lucero, nuestro guía. Nos contó que se exilió en México y que los uruguayos, los que se quedaron atrapados en los Andes, estuvieron 71 días aislados porque querían ser famosos. Eso nos dijo, el día antes de subir a la cumbre en el campamento base. Durante el ascenso casi no habla y si lo hace es para darnos instrucciones. Oxígeno. Agua. La cima está cerca pero no la veo por las nubes, todo es un espejismo blanco. Solo en una montaña se puede estar en una nube. Hace frío o tengo frío y soy doctor. Mis uñas se pondrán azules y dejaré de sentir mis piernas. No seré capaz de tocar con el dedo meñique el pulgar, signo tosco de hipotermia. Mis piernas. No debo dormirme pero hace tanto frío. 1, 2, 7, 10, 13. ¿Qué número viene después del 13?. Beatriz me grita, se le desconfigura la cara, pero no la escucho. Los ojos de Lucero están muy cerca de los míos. Los ojos de Beatriz brillan con una desesperación nueva. Me besa en el silencio blanco y mudo de mi entumecimiento. Quizás debo dormirme, ella no me lo va a perdonar, y que llegue el calor y, en sueños, tocar el dedo meñique con el pulgar oponible.

—Hola mamá.

—Hola hijo. Pero yo no soy tu mamá —dijo.

Su respuesta era bastante lógica. Mi mamá estaba en Chile, con una prótesis en la cadera y bajo tierra en el Cementerio Católico de Valparaíso. Le pregunté, casi sin frío, que quién era.

—Un píxel —susurró.

—Chuta, un píxel. Brillas y tienes color —le dije.

—Claro, a eso me dedico —respondió.

El frío había desaparecido, la cara de Beatriz flotaba, los gritos del guía estaban lejos, como si yo estuviera bajo el agua. Supuse que la mujer que contaba del 1 al 20, había dejado de numerar las miguitas de pan que dejaba atrás de sí en el ascenso. Éramos los dos, ella que no era mi mamá y yo que no era su hijo.

No lo puedo asegurar pero pasó un rato. Y que el tiempo pase como quiera, un minuto, un segundo, que importa. Beatriz había dejado de gritar y cerraba los ojos. Lloraba arrodillada en silencio, sus lágrimas no alcanzaban a derretir la nieve. Yo tenía tanto frío que ahora sentía calor.

—Píxel —le dije —¿Estoy bien?

—No.

—¿Estoy mal, mamá?

Me susurró, en el oído izquierdo, que si tenía sed.

—Naturalmente —contesté.

—Por supuesto —respondió —pero hace tanto frío que la nieve no se convierte en agua. No puedo ser agua, hijo, porque no puedo ser transparente. Estás perdido en mi falda, hijo no mío, pero yo solo soy un píxel, blanco, fino como la nieve. ¿Quieres que te cante la canción de Chico Buarque? —pensé que se estaba despidiendo.

Le dije que sí, no quería quedarme solo en este desierto blanco. Pero me dijo que no, que no me podía cantar esa canción de Chico Buarque porque no tenía voz, no tenía cuerdas vocales ni laringe. Lucero, y esto lo escuché claramente, dijo que debían empujarme a la grieta. Beatriz gritaba.

—¡Déjenme llevarme un guante, un recuerdo, un diente!

Yo le hubiese regalado mi vida y eso que no la quería tanto. La había querido, sí, pero de eso ya hace mucho. Ya no le hacía masajes en los pies ni le entraba el auto a la casa.

—La grieta... ¿cuánto mide? —preguntó Beatriz con la cara llena de mocos. La mujer joven abrazó a mi mujer como una mujer vieja.

—¿Quieres que te regale un secreto? —susurró en mi oído derecho —mi mamá que decía que no era mi mamá y que era un píxel.

—Ya.

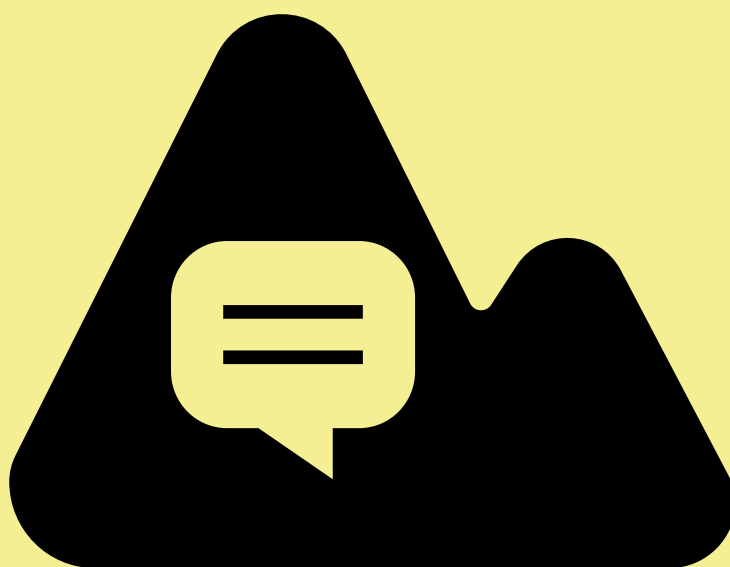
—Las llaves quedaron debajo del choapino.

—Qué alivio —le dije desde el fondo de la grieta.

—¿Quieres que te tome la mano?

—Sí. Mi dedo meñique tocó el pulgar. Gracias mamá.





María Paz González Durney nació en Santiago de Chile en 1985. Ha desarrollado su carrera en el ámbito teatral, asumiendo diferentes roles, principalmente como dramaturga y directora. en 2024 ingresó al Magíster de Escritura Creativa de la UDP.

Era de madrugada. Las calles, vacías. Rubén iba en el asiento del copiloto, los ojos a medio abrir. Tapia lo había pasado a buscar cuando todavía estaba en la cama. Ni siquiera alcanzó a ponerse los calcetines.

El cuero del asiento estaba frío, rajado. Por el costado salía una esponja gris. Una botella vacía rodaba bajo sus pies. El aire de la calefacción empañaba el vidrio.

Tapia fumaba. El cigarro colgaba de los labios, ya casi consumido. No hablaba. Manejaba con el mentón duro, los ojos fijos. La luz del tablero le cortaba la cara.

Doblaron por General Bulnes. Rubén miró por la ventana.

—¿Acaso vamos a desenterrar a alguien? Eso sí fuera una mierda, Max.

Tapia no respondió, pero sus dedos tamborilearon dos veces sobre el volante, sin ritmo.

Llegaron a Recoleta. Doblaron por Unión. A su derecha, tras la neblina, aparecieron las floristerías cerradas. Toldos bajos, plásticos sacudiéndose al viento. Ninguna luz.

—No está enterrada aún —dijo Tapia, mirando fijo al frente.

Pasaron frente a la entrada del Cementerio General. Las columnas apenas iluminadas, el arco torcido, dos gatos cruzando rápido.

Dobló por Avenida La Paz. Tapia apagó el motor y las luces. Dejó que el auto rodara hasta detenerse frente al Servicio Médico Legal.

Rubén se frotó los ojos.

Tapia se bajó. Caminó hacia la reja y silbó dos veces. Desde la sombra salió un guardia con parka azul y gorro apretado. Se acercó arrastrando los pies, sacó una llave con cadena desde la cintura y abrió.

—Corté las cámaras —dijo, sin mirarlo.

Tapia le dio dos palmadas en el pecho, le metió algo en el bolsillo. El guardia no reaccionó. Dio media vuelta y echó a andar.

Rubén los siguió. El cemento resbalaba. El pasillo olía a encierro y humedad.

Entraron por una puerta metálica. Las luces blancas le quemaron los ojos. No vio nada al principio.

Mesones de acero. Frascos con etiquetas borrosas. Botellones con formol. Un charco seco bajo una camilla. Todo estaba sucio. No viejo: sucio.

El aire sabía a óxido. Tragaba como fierro viejo.

El guardia los llevó hasta un muro cubierto de pequeñas puertas.

—Ahí están los congeladores. De esas no tengo llave —dijo sin girarse—. Tienen quince minutos. Que no se note.

Se fue.

Tapia se acercó a los cajones. Sacó unos lentes de la chaqueta, se los puso con dos dedos. Los cristales agrandaban los ojos. Revisó las placas, una a una.

Rubén se mantuvo detrás. Los hombros encogidos. La chaqueta abierta. El estómago algo revuelto.

Tapia se detuvo.

—María Angélica García Díaz —leyó.

Rubén se agachó. El frío del suelo le traspasó la rodilla. Sacó la ganzúa. Le temblaba el pulso. Insertó la herramienta. Apretó. Escuchó los clics. Uno. Dos. Tres.

El pestillo cedió. Tapia empujó con el pie. La puerta crujió. Un golpe de aire denso le llegó a la cara.

El plástico blanco empañado. El torso estaba ahí, envuelto en el plástico, los brazos pegados a los costados, las piernas rígidas.

Rubén retrocedió. Se le endurecieron los muslos, se le aflojaron los dedos.

No había forma de saber si era joven. Ni siquiera bonita. La piel era pálida, como cera sucia. Las venas sobresalían, azules, marcadas. Las vio en el cuello, en el brazo, incluso bajo el pómulo. Parecían a punto de romper la piel.

Pelo negro pegado al cuello. Un ojo a medio cerrar. Una rodilla torcida.

Parecía olvidada ahí.

El olor le bajó raspando la garganta.

Se chupó los dientes.

—¿Qué tiene? —dijo.

Tapia no contestó. Solo sacó la pistola y se la mostró, sin apuntarle.

—Son cuarenta y dos. Ni una más, ni una menos.

Tapia caminó hacia la bandeja. Guantes. Pinzas. Una máscara arrugada. Todo brillaba. Intacto.

—Del ombligo pa' abajo —dijo Tapia, marcando con el cañón—. Vamos contando.

Rubén no se movió.

—No tengo con qué.

Tapia lo miró.

—Busca. Hay cajones.

Rubén fue hasta el fondo del mesón. Abrió uno. Vacío. En el siguiente, encontró un cuchillo cartonero, unas tijeras de punta roma y una cinta plástica enrollada.

Volvió con el cuchillo en la mano. Se lo mostró.

Tapia asintió, pero su mano, la que no tenía el arma, se cerró en un puño.

Rubén bajó la vista. Se agachó. Apoyó una rodilla. Hincó la hoja.

La piel cedió. Se abrió con un sonido húmedo. No sangraba. Solo se abría.

Un olor ácido lo golpeó. Desinfectante viejo, carne guardada. Le picó la nariz.

Parpadeó lento. Bajó la mano. Se la apoyó en la frente. Solo un segundo.

—No puedo —murmuró.

—Sí podís, Rubén. Abrir es lo tuyo, ¿no?

Rubén no respondió. Cortó más. Tajo largo.

La hoja saltaba, trabada en algo blando. Como si se negara.

Metió la mano. Tacto blando. Nada firme. Se limpió en la chaqueta. El cuchillo colgaba entre los dedos.

—No hay nada.

Tapia se acercó. El cañón seguía abajo, apuntando igual.

Su mandíbula le vibraba, dura.

—Métela entera. Hasta que sientas las cápsulas. Cortai. Sacai.

Rubén tragó. Tocó algo duro. Cortó.

Las cápsulas salieron. Condones rellenos. Hilo azul. Algunos manchados.

Caían con un ruido sordo. Él contaba.

—Veinte. Veintitrés. Veintiocho...
Perdió la cuenta. Volvió atrás. Dudó.
El olor lo obligó a cerrar la boca. Le ardían los ojos.
—Cuarenta. Faltan dos.
—Ya no hay más.
—Busca.
—Ya busqué.
Tapia se acercó más. Los lentes le bajaron un poco por la nariz.
—Esto no es para dejarlo a medias. Si faltan, se enojan. Y si se enojan cagamos y tu primero que nadie.
Hizo una pausa.
—Podis terminar en un cajón.
Rubén no lo miró. Solo bajó la vista. Tenía la mandíbula dura de tanto apretarla.
Volvió a cortar. Tórax. Costillas. Hígado.
La hoja entraba. Él no miraba. Solo seguía.
Tapia se paró junto a la bandeja. Pasó la mano por una de las cápsulas caídas. La limpió con el dedo.
Y después, más bajo:
—Chapero, termina lo que empezaste.
Un grito rompió el pasillo.
—¡Qué chucha hicieron! ¡Eso no es lo que acordamos!
Rubén giró la cabeza. El guardia venía hacia ellos. Tapia lo esperó sin moverse.
La sangre bajaba por la bandeja en hilos lentos.
—Les dije que no se notara. ¡Esto es una carnicería!
Tapia levantó el brazo. Pero antes de disparar, el hombro se le detuvo un segundo.
Casi imperceptible.
Disparó.
El pecho del guardia se arqueó hacia atrás, las piernas se le fueron. Golpeó la camisa. Cayó. No gritó más.
Rubén tragó en seco. Bajó la vista. Seguía con el cuchillo en la mano, floja.
—Aquí están las dos que faltaban —dijo, y dejó caer las cápsulas en el balde.
Tapia se agachó. Tomó la bolsa con las manos aún firmes.
Rubén seguía con el cuchillo en la mano. El mango estaba tibio. Pegajoso. No sabía si era sudor o sangre.
El brazo temblaba apenas, desde el codo.
Tapia se acomodó los lentes. Hablaba con voz gastada:
—Esto era sencillo, ¿cierto? Cortar. Contar. Salir.
Rubén vio el arma colgando del cinturón. Una gota bajaba por la chaqueta. Lenta. No pensó. Solo lo hizo.
Le clavó el cuchillo en el cuello. Entró fácil. Como si la piel lo recibiera sin protesta.
Tapia soltó la bolsa. Quiso cubrirse, pero las manos no coordinaron.
La sangre brotó con fuerza. Roja. Luego más espesa. Después más lenta.
Se arrodilló. Gimió. Lo miró. Abrió la boca.

—Hijo de puta...
No alcanzó a decir más. El charco crecía.
Rubén se acercó para sacarle las llaves del pantalón. Luego, de un salto pasó por encima. Pisó. Resbaló. Se afirmó en la pared.
No se detuvo.
Dobló hacia el pasillo. La reja lateral seguía abierta.
Salió.
Llovía. Fino.
La chaqueta se le pegaba a la espalda. El pecho subía y bajaba, pero el aire no entraba bien.
Corrió. El cuchillo apretado en la mano.
No lo soltaba.
El auto seguía ahí. Apagado. Callado.
Rubén llegó sin aire. La bolsa colgaba de un brazo. La piel mojada ardía.
Metió la mano en el bolsillo. Las llaves pegadas al fondo. Las sacó sin mirar.
Abrió. Entró. Cerró la puerta.
El olor a cigarro viejo. A cuero mojado. Igual que antes.
Esta vez le dio náuseas. Pero no abrió la ventana.
Se sentó.
El volante bajo las manos. El cuchillo en la derecha.
Lo soltó. Cayó entre sus piernas. No lo miró. Pero la mano lo seguía sintiendo.
Apoyó la frente en el vidrio. La respiración empañó el parabrisas. Afuera, la calle borrosa.
No lloró. No se rió. Se meó encima sin darse cuenta. Metió la llave. Apretó el volante.
Pisó el acelerador.





Jaime Coz es licenciado en Filosofía. Magíster en Escritura Creativa de la UDP. sus cuentos ocurren en los lugares que la ciudad prefiere no ver —morgues, moteles de carretera, cerros con humedad pegada, hospitales a las tres de la mañana—. Nadie sale intacto.

Gregorio sale medio atontado al recreo. Demasiada información. Afuera del centro asistencial está frío, pero es mejor afuera que ahí encerrado en esa sala con la estufa a kerosén que le martilla la cabeza y lo abomba. Prende un cigarrillo y mira el folleto con el punteo de la información del curso. Le saca una foto para mandársela al grupo que tiene con sus hermanos y con el pucho en la boca, medio lagrimeando por el humo que se le mete en un ojo, empieza a teclear con los pulgares, para explicarles cómo va a ser la cosa.

Va a tener que aprender un montón de cosas, pero lo que más le resuena es eso de que su mamá va a ir perdiendo la memoria en reversa, de a poco.

Primero se va a olvidar de lo que acaba de hacer o decir. Entonces va a repetir varias veces lo mismo; las mismas preguntas, las mismas frases hechas con las que en realidad todos nos comunicamos siempre y lo que es peor, las mismas anécdotas —Gregorio se ríe cuando comenta que eso lo viene haciendo desde siempre—. Hace años que cuenta las historias dependiendo del contexto. Si van a un cumpleaños, cuenta la vez que cumplió doce y tenía miedo de que ninguna de sus compañeritas llegaran porque su papá estaba preso por ser peronista. Si están yendo a cualquier lugar en auto, repite por enésima vez cuando se robó el auto con su hermana y salieron a dar vueltas por la ciudad y que chocaron con una carreta que por suerte no le pasó nada a nadie salvo un rayón en el costado del acompañante. Las mismas historias para cada uno de los lugares donde hace tiempo transcurren la vida de Gregorio y la de su madre. El problema es que en ese bucle de la repetición o del olvido, va a empezar a tomarse varias veces las mismas pastillas, pensando que no se la tomó antes, o a desayunar una y otra vez hasta que sea la hora de almorzar. Por eso Gregorio comenta que se tiene que acordar de comprar esos pastilleros con las marcas de los días y las horas y que también sería buena idea preparar los tupperes con las distintas raciones para cada día en caso de que él no esté para asegurarle que ya desayunó.

Después, un poco más adelante, como en fade, van a empezar a borrársele algunas personas más recientes, igual que en la foto de la familia de Marty McFly en *Volver al Futuro*. Personas que llegaron al final, más cerca en el tiempo; la vecina nueva, el chico que pasa todos los jueves a cortar el césped y arreglar el jardín que terminó por reemplazar a Don Juan, que pasó durante treinta años. Pero también se van a empezar a desaparecer los nombres de sus nietos, lo que hacen sus hijos, con quién están casados o de quién se divorciaron, dónde viven, incluso que existen más allá del poco tiempo en que los ve, las pocas veces que los ve, salvo a Gregorio que está todos los días, porque vive junto con su madre desde siempre, aunque por un tiempo nomás.

En algún momento incluso los hijos se le van a empezar a mezclar con sus hermanos y así poco a poco, recuerdo por recuerdo se van a ir des-escribiendo las cosas: la primera vez que vio la cordillera cuando tenía 11 y viajaba con Gregorio que tenía la misma edad, ¿o era con Pablo o con su papá?, igual que el nombre de la persona con la que se casó dos veces, los títulos de todos los libros que escribió o incluso que alguna vez supo escribir o leer, hasta llegar al principio, que en realidad va a ser ya al final. Cuando se le acaben todas las palabras y hasta las cosas más elementales, como tomar los cubiertos para comer sin que se le caiga todo, cómo tiene que mover su cuerpo para pararse y caminar, o la forma de ir al baño y limpiarse después. No se va a olvidar de respirar, pero tampoco va a tener mucho sentido que lo siga haciendo, termina irónico el audio con el que Gregorio prefirió seguir explicando como quien explica cómo se vuelve a enrollar el hilo de un barrilete hasta dejarlo guardado hasta una próxima temporada o para siempre, quién podría saberlo.

Los hermanos le responden. Audios, caritas tristes, más audios. Pero están muy lejos como para que importe lo que dicen. A veces es más la necesidad de hablar, que la de escuchar. Sobre todo cuando todos tienen cosas tan importantes para decir, pero muy poco tiempo para ocuparse de verdad.

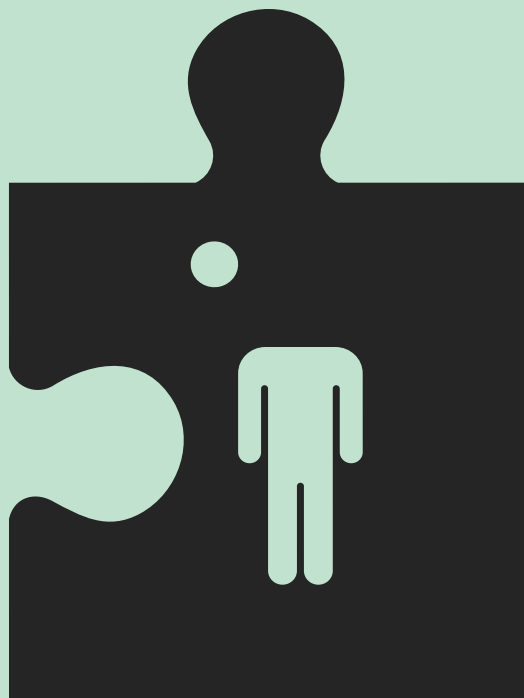
Por ahora no está pensando en tomar decisiones muy drásticas. Su psicólogo le dijo que cuando las cosas se ponen difíciles, lo mejor que uno puede hacer es esperar para pensar en frío y con perspectiva. Entonces ahí sí va a poder definir con más claridad qué hacer. Pero nada es muy definitivo nunca, piensa mirando también para atrás los casi cuarenta años que lleva viviendo una vida que no se parece mucho a la vida que usualmente se empeñan en vivir la mayoría de las personas. Todo lo que ha ido pasando es justamente eso, algo que le pasó, no algo que haya decidido que le pase.

Como ahora, que en lugar de irse a tomar la cerveza que le encantaría estar pidiendo en el bar que vio a tres cuerdas antes de llegar, vuelve a la sala de reuniones del curso municipal para personas cuidadoras.

Acomoda la silla nuevamente para que esté con el resto de las demás. El topecito de plástico de una de las patas delanteras está roto y el borde de metal chirría contra el suelo de baldosas rojo. Un par de personas arrugan la cara y los ojos para no ver el ruido. Gregorio mira como pidiendo perdón y se vuelve a sentar, y apunta al piso para que ojalá se olviden rápido de que fue él. Todos vuelven de a poco a sus lugares, algunos con un café en un vasito de plástico que les debe quemar las manos. Otros con su mate que no convidan porque no conocen todavía a nadie más. Y parte la encargada de nuevo con la reunión. Va preguntando en qué estado está cada uno de los pacientes o de las personas que cuidan, el resto se va mirando con caras de pena, o de igual que a mí, tal vez midiendo si el orden en el que están sentados todos los cuidadores, estuviera en el mismo orden que el estado de avance del alzheimer o demencia de las personas que tienen a su cargo. Gregorio entonces estaría sentado como de los primeros de la fila, esos a los que todavía les falta entender que el carretel recién ahora empieza a enrollarse de nuevo.

Después la charla se pone un poco más aburrida, porque empiezan las formalidades y recomendaciones. Todo eso que no tiene nada que ver con la contención emocional que todos creen que van a recibir en ese tipo de reuniones. Entonces Gregorio mira poco a poco a las otras personas. La mayoría son señoras de esas que están en todas las calles de los barrios. Esas que sienten que la vida solo tienen sentido si están a cargo de alguien más y ahora que los hijos se les hicieron grandes y se fueron, encontraron el rumbo de vuelta con sus madres o sus padres, entonces pueden seguir suspirando hondo con eso que nunca se sabe bien si es resignación o altruismo, vaya uno a saber. Enfermeras de vocación pero con delantal de cocina. También hay un par de hombres. Uno parece kinesiólogo y no está nada mal, se lo imagina Gregorio haciéndole masajes y estirándole toda la zona lumbar y la fascia lata sobre una camilla. Hay algunas chicas más jóvenes también. Una mira la hora a cada rato. Y el teléfono. Y la puerta de salida. Y la señora que no termina de hablar nunca hasta que finalmente Gregorio entiende que ya está, que se terminó la primera sesión y nos vemos en quince días muchas gracias por venir, recuerden completar la ficha los que no la llenaron.





Gabriel Jefferies, nació en Argentina hace 51 años, pero se vino a Chile hace 30. trabajó en publicidad y comunicación desde estrategia a planificación. aunque estudió redacción creativa en la U, no se declara como alguien creativo, ya que sólo elaboraba manifiestos y narrativas marcarias. un día decidió volver al origen y se metió en el magister de escritura creativa UDP, año 2023 –pensando que se trataba de un diplomado–. al dimensionar su equívoco, perseveró y lo concluyó el año 2025. hoy considera que sigue siendo un ignorante, aunque un poco más consciente –en sus propias palabras–.

*She asked me, "Son, when I grow old
Will you buy me a house of gold?
And when your father turns to stone
Will you take care of me?"*
House of Gold - twenty one pilots

Es terrible querer marcharse y no querer ir a ninguna parte.
Diarios - Sylvia Plath

La casa nos gusta, eso está claro. Mi madre es un pez que va flotando entre la sala, el comedor, la cocina y el baño del primer piso. Toca las paredes como buscando hallar en ellas la vida interior del estuco que las viste. Se mueve de un lado para otro, soltándole pequeños elogios al propietario —un hombre mayor que ya está bastante calvo— y planificando en dónde pondría nuestros muebles y los cuadros de mi hermana.

—¿Qué opinas, Juan? ¿Te gusta? — me dice.

Tardo en responderle porque estoy dedicado a ver una de las pinturas que cuelgan en la sala, pero le digo que sí. El dueño me sonríe y nos invita a pasar al segundo piso, en donde están las habitaciones.

Es la tercera casa que vemos esta semana. Poco a poco, mamá y yo hemos ido agotando las posibilidades inmobiliarias de la ciudad. A veces llamamos a agencias, concretamos citas y les pedimos a los agentes que, por favor, nos ayuden a encontrar una casa nueva, a la que podamos mudarnos y tenga espacio para nosotros tres. Mi hermana nunca viene con nosotros; jamás le ha gustado ver casas, y, cuando salimos, prefiere quedarse encerrada en su habitación, pintando con acuarelas o con óleos.

—La remodelamos hace unos dos años. Mi esposa y yo vivíamos acá, pero ella falleció y ahora me voy a ir a vivir con mi hijo mayor— el propietario habla con una melancolía suave y pegajosa. Nos va guiando por las escaleras de madera laminada que van a dar al segundo piso. Se mueve lento; es muy obvio que las piernas ya le pesan y que, sobre todo, la casa ya es demasiado grande para él.

La construcción tiene un techo inmenso, adornado con una claraboya que reparte la luz sobre el piso de madera y sobre las puertas pálidas de las habitaciones. Frente a las escaleras, la entrada al baño se adivina ligeramente y me entretengo con mi reflejo mientras mamá habla de mi hermana.

—... unos cuadros divinos. Si los viera. No tuvo que estudiar arte; ella solita aprendió viendo videos en internet. Acá en el teléfono tengo unas fotos, déjeme se las muestro.

No me gusta que hable de ella, y menos aún con los desconocidos que nos dejan entrar a sus casas, pero ya hemos hecho esto tantas veces que en algún momento perdió importancia y decidí no decirle nada más.

La casa apenas tiene dos piezas y un altillo; el espacio es insuficiente para nosotros, pero no decimos nada para poder seguir viéndola.

—Mire, esta es una oruga formando un capullo. Y esta otra creo que es una mariposa a contraluz, ¿cierto, Juanito? — me mira para que le confirme lo que ya sabe, mientras sigue mostrándole fotos de las pinturas al dueño de la casa.

Le digo que sí, mientras el hombre mira el teléfono, asintiendo en silencio. Luego de unos minutos de ver las fotografías, vuelve a hablar de su casa, intentando recuperar el tema de conversación.

—Nosotros estamos pidiendo unos trescientos millones, pero son negociables. Si ustedes tienen el dinero en efectivo, podría bajar un poco — afirma mientras trata de hacer que mamá se fije en lo que está diciendo. Ella se queda viéndolo, y, cuando termina de hablar, hace un par de elogios sobre la construcción de la casa, los acabados en madera y el enchape de los baños. Luego baja al primer piso, le da la mano al propietario y dice que estaremos en contacto para ver si es posible empezar el negocio por la propiedad.

Mamá y yo regresamos al auto. Mientras conduzco de vuelta a nuestra casa, nos quedamos en silencio. Al llegar, abro la puerta y ella va directamente a preparar un té para la comida. Mi hermana sigue en su habitación y yo me entretengo ojeando una revista que llegó la semana pasada.

—La de hoy me gustó más que las de la semana pasada. ¿Qué te pareció, Juanito?— me pregunta desde la cocina.

Hemos tenido esta conversación cientos de veces. Como siempre, le digo que me gustaron un par de cosas, pero que en general no me parece ideal para nosotros.

—No, yo tampoco lo creo. A veces siento que estamos mejor acá. Pero hay que seguir buscando, ¿no crees?

Le digo que sí, mientras prendo la computadora y busco en internet otros anuncios de casas para la venta. Con la de hoy, tal vez ya van unas diez o doce en lo que va del mes. Aunque no importa. Han pasado once años desde que empezamos en esto, desde que intentamos salir de esta casa y comprar una nueva. Primero lo hacíamos con la guía telefónica y los clasificados del periódico, pero con la computadora todo ha sido mucho más sencillo. Después de un rato viendo la pantalla, tomo un par de teléfonos en una hoja en blanco y me dedico a llamar. Agendo algunas citas para el día siguiente, mientras que mamá pasa a la mesa y sirve el té en tres tazas que trajo desde la cocina.

Mi hermana baja por las escaleras bostezando. Se queda viéndonos y no nos saluda.

—¿Cómo les fue? — pregunta.

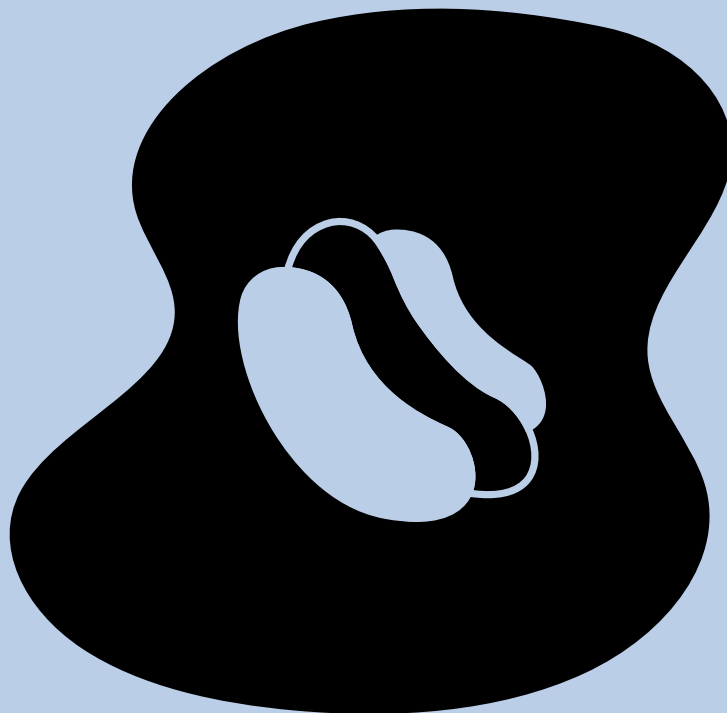
—La de hoy tampoco era, pero estaba bonita, ¿verdad, Juan?

La miro, asintiendo ligeramente, mientras bebo mi té.

—Aunque yo creo que mejor nos quedamos en esta. Acá todo es bastante mejor.

Paso a sentarme en el comedor. Tomo la silla que era de papá y, al igual que todas las veces anteriores, respondo que sí, que no hay otro lugar como nuestro hogar, y me pongo a pensar en todas las casas que veremos mañana.





Paulo Cañón, más colombiano que el ajiaco. Comunicador social y periodista. actualmente cursa la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales, donde trabaja un proyecto de novela de aprendizaje. fan hasta el tuétano de Philip Roth, los choripanes y las mandarinas. sus búsquedas narrativas exploran las tensiones entre la memoria, la identidad y los vínculos cotidianos.

«Estás despedido» dijo Jack. Ni siquiera pestañeó. La incredulidad inicial cedió a la rabia. Era cierto que en el último tiempo había sido un empleado apático, contestatario e improductivo. Secretamente modelaba mi propia autodestrucción, ¿pero por qué me empeñaba en arruinar aquello que —aunque mediocre— era lo único que tenía? Después de todo la vida seguía: cuentas que pagar, créditos, responsabilidades, que se dice. Y sin embargo, ni siquiera era aquella mi preocupación inmediata, sino la conversación venidera con Camille. Nuestra situación era ya precaria, cualquier remezón adicional precipitaría la catástrofe.

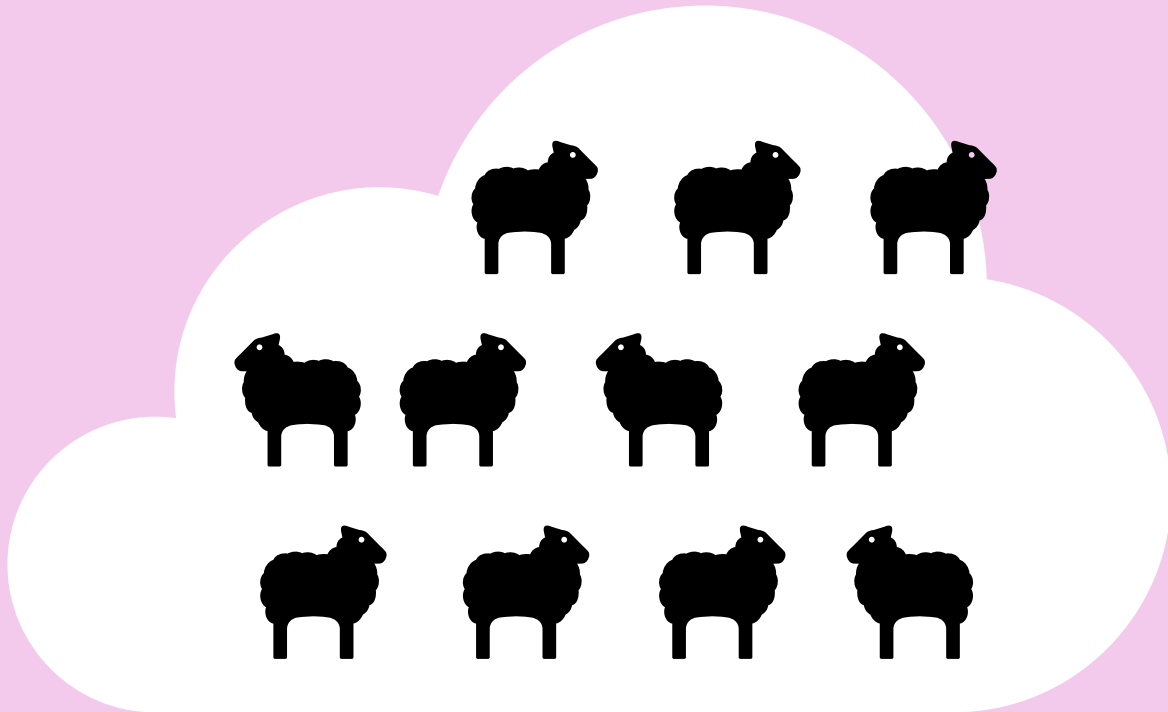
Descolgué las fotos. Guardé mis efectos personales. Me despedí de los que habían sido mis colegas quienes me miraban como a un animalito malherido. Palabras de consuelo, promesas ridículas.

El gran exterior despejadísimo. La Avenida Marathón se me antojó entrañable en su fealdad industrial. La cordillera seca. El sabor de los paisajes finales. En la medida que pedaleaba, los abombados ecos del Estadio Nacional se purificaban, los preparativos del Concierto de One Direction sonaban cada vez más cerca. La calle estaba repentinamente plagada de jóvenes hormigueando por doquier con sus poleras, cintillos y pancartas irradiando un entusiasmo desmedido.

Me quedé largo rato observando la escena. No tenía a qué llegar. Nada me apuraba. Todo el tiempo muerto se posaba bajo el sol sin sombras. La multitud vibrante y enérgica que pasaba, incesante, me transmitía una sensación indefinible. Algo parecido al vacío o a una agitación casi intolerable: la bulla, los estandartes pop, una música desconocida. Me quedé ahí hasta entrada la noche, cuando la Villa Olímpica irradiaba una extraña calma, solo el estruendo interior y las luces artificiales que se ramificaban por los cielos.

En ese momento no pude precisarlo. Ahora, que lo evoco a la distancia, creo que lo que buscaba era fundirme con esa continuidad. Ese paisaje habitual. Ese futuro en el cual ellos sí estarían y yo ya no.





Villani@s es director de arte de una empresa corporativa y tediosa. se egresó como diseñador gráfico de la casa matriz UDP donde además impartió clases. trabajó sin demasiado éxito como guionista y fabricante de cómics e ilustrador. el año 2009 se estrenó la película "Super" de cuyo argumento es parcialmente culpable. hace años que desarrolla un cómic titulado "La cabeza de bronce" el cual, suponemos, jamás verá la luz. es fan de los gatos y la literatura japonesa. hoy por hoy pretende una novela sobre el trillado tema de la paternidad y sueña con ovejas electrónicas no consecutivas.

Se jactaba de cuando leyó a Carver por primera vez. Borracho y coqueado. Se enorgullecía, decía que era la mejor forma de leerlo, que era como un homenaje. Si no lo han leído en ese estado, nunca van a poder apreciarlo en su total magnitud. Despotricaba contra quienes denigraran su experiencia. Por supuesto, nunca contaría que, esa también había sido su primera vez con la coca. Aunque cuando lo piensa bien con los años, se siente estúpido vanagloriándose de algo así. Leer en ese estado. Después ya no resultaba nada original que alguien pretendiera leer borracho a Bukowski o fumando a Bolaño. Pura pose. Alguna vez, incluso, conoció a alguien que llevó el Juntacadáveres a un prostíbulo.

Apenas salieron del examen de Historia del Español se instalaron en «La cabañita», frente a la universidad. Para cuando los echaron, había anochecido. Sumaban casi cuatro cajas de Pilsen. La mesera trajo la cuenta y el dueño no se apartó de su lado hasta que reunieron la chancha para pagar. Un ventarrón en la Universitaria los abofeteó al salir, encendieron cigarros de camino al paradero. Se hizo una sola voz, la continuarían en San Borja, en casa de Eduardo. En el trayecto, le pidieron al taxista que pasara por Huascarán, en La Victoria. Fueron directos, como si lo hicieran siempre: vamos a comprar coca. El conductor asintió. Durante el viaje le dieron ganas de vomitar, pero se contuvo. Apenas trajeron la coca Lucho cargó con prisa la punta de una llave, aspiró con brusquedad por el orificio derecho de su nariz, hizo lo propio con el izquierdo y, finalmente, manchó la punta de su meñique para restregárselo por entre las encías. Ta buenaza, aprobó. Mientras la coca corría de mano en mano notó que Lucho repasaba con su lengua por sus encías. Cuando llegó su turno, imitó todo lo que vio con la precisión de su borrachera. Cada uno estaba en lo suyo, nadie lo supervisó. Recuerda haber sentido un ligero adormecimiento en nariz y boca. Se sintió estafado. Qué sentido tenía drogarse para no sentir nada.

Bajaron en la esquina de Canadá con Rosa Toro a comprar más trago. Encendieron cigarros, el humo salía por su boca con un sabor metálico, apenas sentía su lengua y comenzó a moverla como buscando algo adentro. Sus ganas de vomitar se habían ido. Mientras caminaba a la casa de Eduardo la borrachera se fue disipando. Hablaba como si tratara de masticar sus palabras. Continuó bebiendo, se sentía como nuevo. Con la efímera sensación de darse perfecta cuenta de todo aun estando tan ebrio.

Al amanecer ya se habían terminado casi toda la bolsa que compraron. Se sentía más lúcido que a la mañana después del primer café. Tanto que, antes de irse, entró a la biblioteca de la casa con el barajo de pedirle un libro para leer hasta Los Olivos. La envidia lo invadió al ver el librero de cedro echo a medida detrás del escritorio, rebosante de libros. Para el viaje debes leer cuentos, le dijo Eduardo y

enseguida preguntó, ¿has leído a Carver? Le dio cinco coloridos libritos: el *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?*, en amarillo pastel; el *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, en celeste brillante; el *Catedral*, en un lila claro; el *Tres rosas amarillas*, en amarillo chillón y, finalmente, el *Si me necesitas, llámame*, en un naranja opaco. Debes leerlos en este orden, le dijo, mejora la experiencia.

Caminó al paradero para esperar la combi que lo llevaría por todo Javier Prado, Pershing, La Marina, todo Universitaria, Católica, San Marcos, la Perú, José Granda, Tomás Valle, Naranjal, Villa Sol, ¡bajan! Todo el viaje leyó, fresco como la mañana, aunque los otros pasajeros evitaban por apestar a trago y cigarro.

No le importó el orden que le recomendó Eduardo. Empezó por el último libro, si no le gustaba ya no haría falta leer el resto. Le dio oportunidad al primer cuento que daba título al libro: *Si me necesitas, llámame*. Además, le recordó a *Llámame, si me necesitas*, de Miguel Mateos, pero nada carveriano hay en la canción. Aún hoy ese cuento le sigue pareciendo uno de los mejores que ha leído. Se entusiasmó, bajo el mismo criterio leyó los demás cuentos que daban título a los libros *Quieres hacer el favor de callarte, por favor*, *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, *Catedral* y *Tres rosas amarillas*.

Ese deslumbramiento que le ocasionaron aquellas primeras lecturas de Carver no se lo ha podido quitar de encima. Historias de relaciones estropeadas para siempre. Personajes fracasados, solitarios, alcohólicos, divorciados, desempleados. Gente común a la que ya no le queda nada, víctimas de sus propias circunstancias. Sigue agradeciéndole a la coca por la lucidez. Esos cuentos eran un reflejo de una cotidianidad de la que cualquiera podía ser parte, incluso él. Llegó a su casa imaginando si sus propia miseria le alcanzaría para hacer casting como personaje carveriano.

La tarde antes de ir a La cabañita, se había peleado con su esposa por teléfono. Se casaron porque no los dejaron convivir cuando se enteraron que ella estaba embarazada a sus diecinueve, él apenas cumplía veintidós. No tenía sentido seguir estudiando Literatura. Dejó la universidad, consiguió trabajo en un Call Center. Las discusiones empezaron al cabo de unos años, cuando decidió retomar sus estudios. Él tenía un mejor sueldo, pero para ella estudiar Literatura no servía para nada, salvo para ser profesor y en el Perú, papito, los profesores se mueren de hambre, sentenciaba.

Él la llamó para avisar que llegaría tarde, que iba a tomar con amigos. Ah, ¿sí?, dijo ella, y ¿se puede saber con la plata de quién? Ya vas a empezar, se quejó él. Encima que esa huevada que estudias no da plata, te vas a gastar lo poco que ganas en trago con otros buenos para nada, arremetió ella. Ándate a la mierda, le gritó acercando el celular a su boca y colgó sin darle tiempo a contestar. Le jodía pensar que ella tenía razón, nadie amasa una fortuna con la Literatura. Ella volvió a llamarlo, él contestó solo para volver a cortarle, pero alcanzó a escuchar cuando ella gritaba: A mí tú no me vas a colgar, no sabes de lo que soy capaz. Volvió a sentarse a la mesa convencido que dormir en la sala o un tiempo sin hablarse era un precio que ya había pagado antes.

Años después, mientras revisaba algunos libros para un trabajo sobre la prosa limeña en la novela peruana, lo único que descubrió en común entre los libros era que a todos les faltaban páginas. A Bryce, a Vargas Llosa, a Loayza, a Reynoso, a Dughi, a Malca, a Bayly. Ella había arrancado varias hojas del interior con furia y los había vuelto a poner en el mismo orden en que estaban en el librero. Comenzó a revisar todos los libros, uno a uno, primero con paciencia y luego con desesperación. Los lanzaba al piso cuando descubría que estaban mutilados, inservibles. Casi la mitad del librero quedó en el suelo. A pesar de que le reprochó a los gritos por lo que le había hecho a los libros, ella sonreía triunfal, como si hubiese estado esperando ese momento. Querías que me vaya a la mierda para irte a chupar, le soltó ella, ahí está, pues, para la próxima ya sabes de lo que soy capaz.

Para cuando le devolvió los libros a Eduardo, ya se había obsesionado con Carver. Por esos días ya pensaba en dejar la universidad. A él solo se interesaba leer y escribir, no las clases, ni las lecturas obligatorias, ni la Lingüística, ni la Fonética. Pasaba los días encerrado en la biblioteca central del campus. Leyó su poesía completa. Quería leer todo. Consiguió *La vida de mi padre*, donde Carver reconstruye con una mirada lacónica la memoria de su viejo. Después llegaría *Principiantes*, el libro que captura el primer Carver antes de la edición de Gordon Lish, antes de que el editor lo convirtiera en el Carver que todos conocíamos. Lish había escrito una novela titulada *Perú*, aunque no sucede en Perú, pero acá no estamos hablando de él sino de Carver. Consiguió muchas entrevistas, resaltó algunas frases que le supieron bien, las imprimió y las pegó en la pared sobre su escritorio.

«Tanto en la poesía como en la narración breve, es posible hablar de lugares comunes y de cosas usadas comúnmente con un lenguaje claro, y dotar a esos objetos, una silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un pendiente de mujer, con los atributos de lo inmenso, con un poder renovado».

Ella nunca quiso hablar de los problemas en la relación, decía que estaban bien. Para qué hablar si solucionaban todo en la cama. En un capítulo de Los Simpson, Homero le dice a Marge: «Todos los matrimonios se hunden menos el nuestro, Marge. El problema es la comunicación ¡Demasiada comunicación!»

Pocos días después de la venganza de su esposa, él recibió la llamada de su mejor amiga Lula que vivía en El Salvador desde mediados de los noventas. Ella quiso saber cómo andaba su matrimonio. Sin novedad en el frente, respondió él. Y ¿cómo está tu bebé?, le consultó. Desperdiciando su infancia, le contestó, no le gusta leer, aunque en cierta forma resulta esperanzador, ya que no será como su padre. Rieron. Ella le empezó a hacer el cuento de sus vacaciones de verano. Solía ponerlo al día de todo lo que había hecho desde la última vez que habían hablado. Él le pedía que le describiese todo con detalles, cerraba sus ojos para recrear un lugar semejante al de sus palabras. Después de tantos años en Centroamérica, le confesó, todas las playas le parecían las mismas, después narró sin énfasis sus días de playa. De pronto, él la interrumpió. ¿Chola, me estas hueviando? Preguntó, ¿dijiste vacas en la playa? Sí, le confirmó despreocupada, acá es normal ver a las vacas paseando en la playa. Cholita, le reclamó, pero tú eres limeña, como yo, pues, acá cuándo chucha hemos visto vacas en la playa. Bueno, consintió ella, tienes razón, Cholito, y retomó, sin entusiasmo, su relato vacacional. Él la escuchó sin poder quitarse aquella imagen. Vacas en la playa, pensó, no es como ver un pingüino en el desierto, pero imaginó unas vacas gordas tratando de apoyar sus pezuñas entre las piedras en la orilla de las sucias playas de la Costa Verde. Tengo fotos de esas vacas, le soltó ella, ahora que vaya a Lima te las muestro si tanto te interesan.

Como Lula ya le había traído en sus viajes anteriores *El Asco*, *Baile con serpientes* y *La diablo en el espejo* de Horacio Castellanos Moya, esta vez le pidió que le consiguiera *Con la congoja de la pasada tormenta*, sus cuentos reunidos, porque a Lima no llegaba el libro. Había leído por ahí el cuento que da título al libro. Un barman

se ve envuelto de manera casi hilarante en las investigaciones sobre el sospechoso suicidio de un piloto de la Fuerza Aérea de El Salvador, quien estaba relacionado con una red de tráfico de armas para los contras nicaragüenses a cambio de cocaína de narcos colombianos. En determinado momento, pasado de tragos, confiesa que, su «señora tenía un carácter de la gran puta» y que la vida a su lado «más bien parecía un karma». Solo cuando ella es secuestrada por uno de los militares implicados, ante la posibilidad de perderla, el barman cae en la cuenta de que en realidad la quiere, a pesar de saber que reaccionará como el carajo cuando la liberen.

Le habló del cuento a su esposa, solía contarle todo lo que leía. Ella lo atendía con verdadero interés cuando eran enamorados, como si le contase una película, pero con los años de casados se le notaba el esfuerzo que hacía para parecer atenta. Todo el tiempo estaba a la defensiva, asumiendo que solo le contaba historias que tenían que ver con ellos como pareja o con cómo era ella, estaba convencida que solo le contaba las que la hacían quedar mal o para reprocharle algo.

Cuando terminó de escuchar la historia, ella le dijo que no tenía mal carácter, que todo era culpa suya porque no la entendía. Aunque sí es cierto que ningún secuestrador me aguantaría, dijo, pobrecitos, no saben con quién se están metiendo. Él le habló de lo simbólico del cuento, de cómo le había hecho sopesar su amor por ella. Ah pendejo, le dijo ella, o sea, ¿quieres que me secuestren para que te des cuenta que en realidad sí me quieres? Uno nunca sabe, ironizó él, con la motivación adecuada a lo mejor sí me doy cuenta. Vete a la mierda, sentenció ella. Rieron juntos, pero a él le hubiera fascinado leerle la dedicatoria del cuento. Hubiera querido dedicársela a ella: «A ella, innombrable impronta de mi fracaso».

Al día siguiente de su charla con Lula, le contó a quien se cruzara en el trabajo lo de las vacas en la playa. Se sorprendían, eso sí que es raro, decían, hasta que un compañero ni se inmutó. Le dijo que, en Huacho, de donde era, es muy normal ver vacas en la playa. Le pidió indicaciones para encontrarlas, eran unas pocas horas desde Lima.

Al llegar a casa se lo comentó a su esposa, podemos ir en el auto, le planteó, no está tan lejos, encargamos al niño con tus padres. Nos vamos solos, será bueno para ambos, le dijo, para intentar componer las cosas. Ella no mostró entusiasmo por las vacas, podría decirse que tampoco por arreglar la relación, pero la idea del viaje sí que la motivó. Por un momento, dudó, pero y qué pasa si hacemos el viaje en vano, qué pasa si no vemos a las putas vacas, preguntó. Por eso mismo, insistió él, hagamos este viaje por nosotros. Ella seguía sin convencerse del todo. Tratando

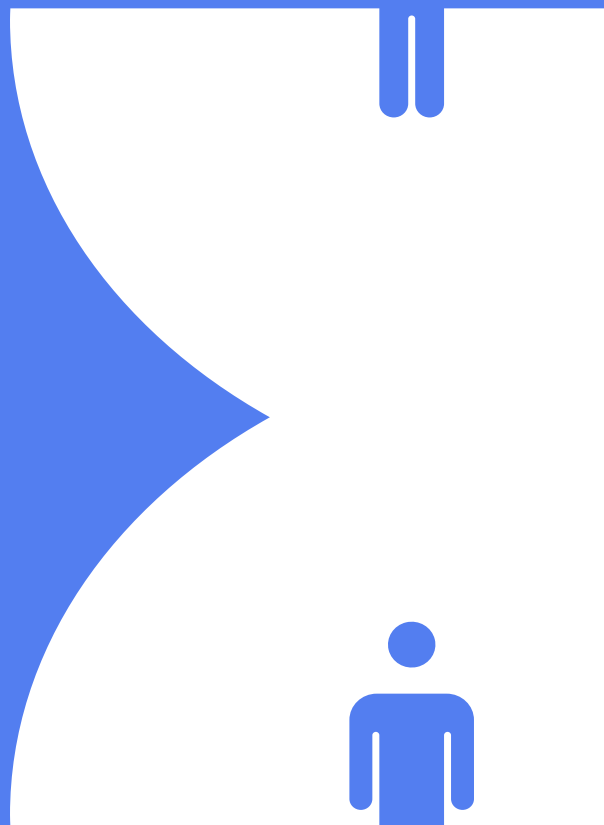
de agotar todas las posibilidades, él le propuso: Mira, si después del viaje sientes que no hay arreglo entre nosotros, al volver podríamos considerar separarnos. Está bien, dijo ella con firmeza, como si hubiera estado esperando que esa propuesta, vamos, pero si durante el viaje siento que las cosas no resultan, me vuelvo y lo nuestro se acaba, no pienso esperar a que regresemos. Él aceptó.

Mientras manejaba rumbo a Huacho, le vinieron a la mente caballos en el jardín. Lo entendió como una señal, una revelación, a pesar de que todo iba mal aún podían permitirse una oportunidad. Tomó el viaje como la última chance para su matrimonio. Ahora sí lo que le estaba pasando se parecía a un cuento de Carver, aunque cambiara caballos por vacas y jardines por playas.

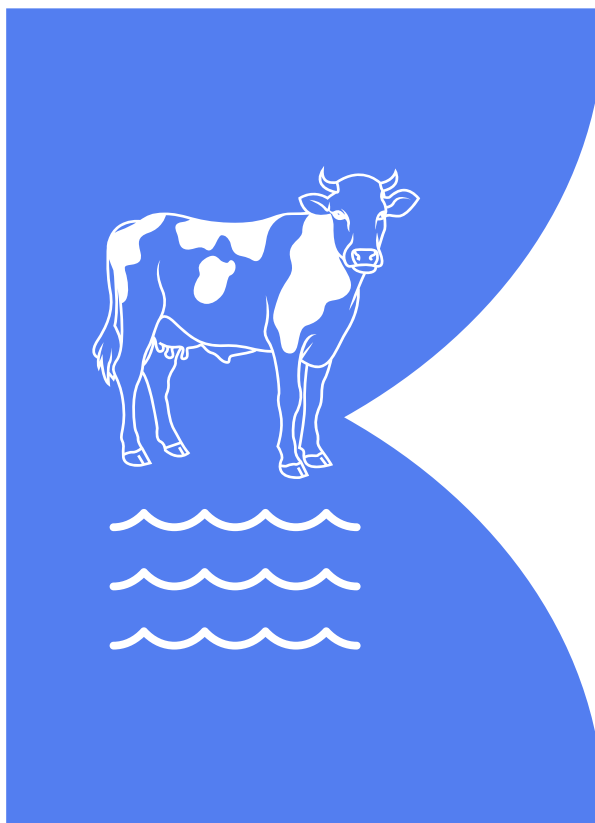
El viaje fue una reverenda mierda. No consiguieron hotel cerca a la playa. Todos estaban llenos por un evento surfista, vinieron por vacas y solo consiguieron ver surfistas. En vano, siguieron las indicaciones de su amigo para llegar al lugar señalado. Ella estaba se enfureció porque solo consiguieron un hostel. A pesar de todo, no se regresó. La primera noche se acostaron peleados. Después de horas sin hablar, de espaldas, desnudos por el calor, ella se volteó. Abrázame fuerte, le ordenó acariciándole la espalda con una ternura forastera. Él obedeció, ella lo recibió, le permitió apretarse a su cuerpo hasta que se quedaron dormidos. Al amanecer, con un sol triste colándose por las cortinas de color rojo y con lo poco que les quedaba de intención, hicieron el amor.

En el desayuno él seguía puteando por no encontrar vacas, pero eso a ella le tenía sin cuidado. Había decidido ir a tomar un buen bronceado para justificar el viaje. No pienso pasarme toda mañana tirado bajo el sol, le advirtió él, me quedaré leyendo. Mira, le reprochó ella, tú has lo que te dé la gana, pero yo le sacaré provecho a la playa con vacas o sin ellas. Al cabo de unas horas, no regresó bronceada sino con una erisipela que le pintaba el cuerpo de un rojo más intenso que el de las cortinas. No quería que la tocara ni toleraba la ropa que traía encima, estaba insoportable, todo le fastidiaba. Esa misma tarde regresaron.

Durante el viaje de retorno apenas si hablaron. Ella cambiaba de emisoras buscando cumbias o salsas solo porque sabía que a él no le gustaban. Cuando sintonizaba una que se sabía, olvidaba el ardor en su piel para cantarla a gritos, hasta sacaba la cabeza por la ventana. Apretado al timón con fuerza, él hubiera querido sacar la suya también para tomar largas bocanadas del viento veloz, para aliviar en algo el aire irrespirable dentro del auto.



Christian Solano (Lima, 1976). estudió Literatura Hispanoamericana en la Pontificia Universidad Católica del Perú. publicó los libros de cuentos: *Una calma aparente* (Lima: Animal de invierno, 2017), *Motivos de fuerza mayor* (Santiago de Chile: Ediciones Sherezade, 2015) *Almanaque* (Lima: Micrópolis, 2014). actualmente está maestrando en el Magister de Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales de Chile



las **vacas** son animales fascinantes que han cautivado tanto el arte escrito como pictórico. los flamencos estaban obsesionados con las vacas las cuales ponían sin mayor justificación en sus paisajes idílicos y aquietados. en el colegio nos enseñan que las vacas poseen 4 estómagos. en parte es por eso que se tiran esos pedos que aportan al calentamiento global. ¿deberíamos, entonces, ver en las vacas el futuro de la aniquilación humana? ¿son parte de la conspiración? ¿podemos confiar la crianza de nuestros hijxs a estas vacas que pastorean por la extensión de las llanuras? según Alicia Roberts –en su libro “Domesticados”– las vacas han llegado a tal nivel de dependencia con los humanos que si nuestra especie se extinguiera, también lo haría la suya. o sea un 2x1. se supone que a los perros le pasaría algo similar, aunque su espíritu de jauría dormita intacto esperando la emancipación. así en ese horizonte posapocalíptico –postales Mc Cartianas– habría perros, algunos cangrejos y robots dando vueltas por ahí, sin mayor sentido. Por mientras, ojo con las vacas, tanto en playas como en la alta montaña o las anchas alamedas.

Esta me la contó un detective viejo al que le pagábamos coimas y que a veces se tomaba una cerveza con nosotros cerca de La Perrera mientras mirábamos los árboles y tratábamos de descifrar cómo el sonido del río atravesaba el follaje oscuro del parque.

En ella no hay nada más que un misterio.

Todo comienza en 1989. Un día llega un soplo anónimo a la brigada. Una casa llena de armas. Los colegas van a ver. La casa queda en el centro, cerca de esa iglesia colonial que demolieron. Poco antes de llegar escuchan una explosión y ven como un par de cuadras más adelante comienza a elevarse una columna de humo. Cuando se acercan, suenan varias explosiones más. Una tras otra, ráfagas de detonaciones. Entonces se asustan y detienen el auto, se agachan y se colocan las manos sobre la cabeza, asustados de algo caiga del cielo y atravesase el techo del vehículo. El suelo se sacude. Explota una bodega que alguna vez fue un garage. Llamamos a la central telefónica; los bomberos llegan en unos minutos y abren el portón de metal y entran con las mangueras. Controlan el fuego en una hora; dos hombres terminan heridos. Cuando todo está calmado los detectives por fin ingresan. Huelen a pólvora y gas, el a plástico, pelo y a piel quemados. Miran que, en el suelo, entre un colchón y entre varios muebles calcinados hay armas; todo al lado de un closet abierto y vacío.

Tardan en completar la revisión. Tres días después se descubren una habitación secreta con más armas, y un muro con varios mapas de la ciudad subrayados, al lado de fotografías de varias esquinas del sector norte. Llamamos a la CNI o lo que queda de la CNI. Son sus últimos días. La policía secreta de Pinochet se prepara para borrarse en democracia. Los cenetas mandan un Chevy Opala con dos huevones de lentes negros que miran el lugar. Algo saben o intuyen porque se bajan de inmediato de la investigación. No tiene nada que ver con nosotros, no nos corresponde, mandan a decir.

Los detectives siguen investigando. En el barrio nadie habla. O no saben o prefieren quedarse callado. Por supuesto, alguien se obsesiona por el caso: un detective joven, que trata de rastrear las armas. Una noche, en un restorán chino del centro, una muchacha le suelta algo parecido a un soplo, el nombre del dueño de una empresa de camiones que despacha mercancías desde San Antonio. El agente ubica al huevón, un hueso duro de roer. Prepara una emboscada en el puerto, en una noche sin luna. No se va con chicas, no quiere, no tiene tiempo, le han cerrado demasiadas puertas como para ser educado. Detienen al fletero. Un par agentes salen heridos. Un estibador muere. En el cuartel, el dueño de los camiones se niega a cooperar, aunque luego de varias golpizas termina cediendo y, de la nada, aparece una libreta entre los documentos requisados. En ella se consignan las direcciones de casas donde ha ido a dejar los envíos de armas. Explica que las armas vienen del

extranjero en containers invisibles, que alguien ha pagado mucha plata para que así sea. Toda la logística es telefónica y la única persona que se ha visto es un sujeto de pelo blanco que abre la puerta y les indica donde descargar, dice. Hace meses que ya no hay encargos, ya no viene nadie, agrega casi sin poder hablar, con la boca hinchada.

Chequea las direcciones, casi no hay guías de despacho. Una es la casa que se quemó, las otras están desplegadas por todo Santiago. Las allanan. Todas son bodegas y todas, también, están llenas de armas. Ninguna de las casas ha sido visitada en años, y salvo por el cadáver seco de un perro en un patio trasero en Independencia, apenas hay rastros de vida humana. No hay huellas, nada que diga quién es ese hombre de pelo blanco que recibe los envíos. La prensa llega a la noticia, pero no publica nada. Salvo la policía, nadie se entera. Todas las armas son nuevas. En el botín de la policía, hay fusiles, semiautomáticas, lanzacohetes, municiones, bates, linchacos, granadas, cuchillos, maletines con medicamentos, alimentos, carpas, cuerdas, medicamentos, vendas, más y más armas. Encuentran autos blindados, puros Fiat o Renault viejos y adaptados, todos recubiertos con blindaje antibalas y vidrios polarizados. Debajo del asiento del conductor de cada uno, hay una pistola pegada con cinta adhesiva.

La CNI entra y sale del caso, de nuevo, tan solo para apropiarse de la evidencia y poder hacer alguna transa con las armas y los autos que logran quedarse por medio de una compraventa de repuestos que tienen en 10 de Julio. Son buitres tratando de comerse las vísceras de la ciudad. Cuando ya no tienen nada que robar, abandonan, son sus últimos días; están a punto de sumergirse como civiles, de desaparecer a plena vista.

Cuando puede y no hay más moscas sobre el caso, el detective vuelve y se estrella con la institución. A nadie parece que le importan ya las casas o las armas; a todo el mundo parece darle lo mismo el enigma. Todos olvidan, llega la democracia. Entonces, pasan uno o dos años, la historia es secuestrada por el olvido y la historia de las casas y su dueño sin nombre pasa a ser una leyenda negra de la que hablan los cadetes; algo contado en susurros durante las noches largas en alguna comisaría, una fantasía que flota porque de vez en cuando algún agente retorna y se obsesiona con el caso, aunque las informaciones son puras hilachas, cuentos fantásticos: alguien ve volar cosas sobre una de las casas; alguien es asediado por pesadillas luego de perseguir a un lanza al interior de una de las bodegas; vecinos escucha gritos que salen del centro de una habitación vacía de taller con autos arruinados.

El mito es un cabo suelto que no lleva a nada durante veinte años hasta que unos pendejos se meten a una casa en Las Condes, se roban equipos electrónicos y los venden en el persa Bío-Bío.

Un reductor da el aviso. Llegan a verlo con cámaras caras, armas israelitas, y tecnología que ni siquiera para qué sirven. El reductor hace un favor o paga parte de una mordida con ellos. Los vende en tres tiempos a los muchachos, casi unos niños. Los pillan en una población del sector sur. Los ladrones sueltan todo. No tienen nada que perder con la confesión. No quisieron entrar a la casa. Algo los intimidó. Vieron unas luces rojas moverse, se activó un mecanismo una cuchilla cayó desde el techo y le hizo un tajo en el antebrazo a uno de la banda. Nos llevamos lo que pudimos de una bodega que estaba en un patio trasero, papi, dice.

Gracias a los datos, los detectives ubican un chalet en el borde de Vitacura con Las Condes. Se apersonan al atardecer. Tocan la puerta, pero nadie abre. Recuerdan que los muchachos les dijeron que salvo la luz roja y el mecanismo de la cuchilla no se veía nada.

Esperan unos minutos y avisan al cuartel. Por radio, los autorizan. Tratan de forzar la reja. El jardín es perfecto en su abandono. No sale ningún perro y los muros que separan la casa de las de los vecinos son lo suficientemente altos como para que nadie mire dentro. La casa tiene un patio grande lleno de árboles muertos salvo un ciruelo florecido y unos rosales que han crecido de modo salvaje sobre el pasto seco y las baldosas, como una alfombra de espinas secas llena de capullos secos, apenas ornamentada con las flores blancas del ciruelo.

Un policía toca la puerta con los nudillos. Nadie responde. Golpea de nuevo. Escucha un clic. Entonces empuja la puerta. Entra. Otro detective queda afuera, en el dintel, alumbrando con una linterna. Una flecha sale de la nada y le atraviesa el hombro izquierdo. El huevón cae al suelo, saca la pistola y dispara hacia adentro y luego se arrastra al jardín, dice el detective. Su compañero grita por refuerzos. Se arranca la flecha del hombro. La herida no es profunda así que rompe un faldón de su camisa y se aprieta el hombro. Llega una patrulla. Rompen el portón. Disparan al frontis de la casa desde la calle. Nada se mueve. Sacan al herido del jardín. Otros cuatro agentes entran a la casa.

Afuera, los cielos de Santiago se ponen rojos por la contaminación y el crepúsculo.

Adentro, no hay electricidad. Las linternas no sirven de mucho. Apuntan a espejos, a muebles que parecen no tener forma, a objetos tapados con sábanas, a máquinas muertas. Suena otra explosión, más pequeña. Uno de los que están adentro se pone a gritar. Comienza a arder. Los espejos reflejan el fuego. Sale corriendo por la puerta de la casa y se apaga a sí mismo sacudiéndose contra el suelo. Quemaduras leves. Los otros huyen. Llega el GOPE. Inspeccionan la casa. Encuentran más trampas. La casa está llena. Se demoran la noche completa en desactivarlas. La luz del día les ayuda. Otra bomba casi explota, tienen que desalojar el barrio. Nin-

guna pared tiene decoración. Los pasillos doblan en círculos, los corredores terminan en puntos muertos, muchas de las piezas son pasadizos que llevan a otros pasadizo. Todo es un inmenso sistema inmunológico que previene de invitados molestos: los dinteles están llenos de guillotinas, de máquinas que disparan clavos del techo; hay pistolas cargadas unidas por cordeles a las perillas de las puertas y en el suelo, pueden verse hilos tensados que activan mecanismos que sueltan más cuchillas.

En el centro de este sistema descubren un cuarto inexpugnable, protegido por una puerta de metal llena de cerraduras bloqueadas y remaches. Alguien toca una manilla falsa y se activa mecanismo activa una lluvia de ácido de un agujero del techo. Nadie sale herido pero el olor del ácido les quema las narices y hace que sus párpados ardan. Tardan medio día en abrirla. Al final, llaman a un maestro cerrajero, un viejito que antes trabajaba para la empresa que instalaba las cajas de seguridad a los bancos. Es un anciano menudo, que usa lentes de cristales muy gruesos y que habla con las cerraduras, como si escuchara lo que le dicen las puertas. Le ofrecen una máscara de gas, pero él la rechaza. Los detectives lo miran en silencio, asustados, esperando que algo explote mientras él pasa la mano por los remaches y roza con los dedos el acero frío, moviendo la lengua sin abrir la boca y sacudiendo la cabeza como si no entendiese. Tarda una hora. Nunca deja de conversar con el espíritu de la cerradura. Cuando la última chapa cede, todos se ponen a resguardo. La puerta se abre y desde dentro sale un olor nauseabundo.

La habitación es grande. Los muros están cubiertos con decenas de pantallas y en el centro de la pieza hay una mesa de control. En una silla yace el cuerpo de un hombre. Tiene los ojos abiertos y lleva muerto mucho tiempo. No tiene la mirada plácida. Las pantallas, cuya luz pálida inunda el cuarto, proyectan imágenes de cámaras de seguridad desperdigadas por todo Santiago. Muchas están muertas. No transmiten nada. Otras corresponden a calles y otras a edificios, a piezas de moteles, a fuentes de soda, a comisarías y estacionamientos vacíos. Ninguna está quieta, todas saltan de un lugar a otro, como si trataran de atrapar el pulso y el nervio de la ciudad, del que solo pueden ofrecer fragmentos sueltos de tiempo, instantáneas. Es fácil reconocer algunas, las menos, las otras pertenecen a mundos privados que es difícil localizar.

Más tarde, cuando los forenses lo examinan en el Médico Legal descubren que ha muerto de un ataque al corazón hace meses. También confirman que el cuerpo es una trampa más. El encierro y la electricidad de las pantallas lo han conservado. Todo es falso, parte de un disfraz que se hunde bajo la piel. El hombre lleva una peluca blanca, usa lentes de contacto azules y se ha quemado con ácido sus huellas dactilares. Lo que le queda de nariz, ha sido rehecha a puñetazos y cirugías, la dentadura es postiza, tiene un montón de huesos rotos y cicatrices. No hay rastros de veneno o sustancias, ni de otra clase de daños más que un montón de masa muscular atrofiada por los golpes.

Es todo: una pieza secreta, las pantallas, el cuerpo de un desconocido, de un muerto iluminado por las pantallas. El detective nos dice que aún siguen buscando respuestas. Ahora saben más cosas, ninguna relevante. Por ejemplo, la casa está a nombre de un laboratorio farmacéutico cuyo dueño original vive desde hace años en el extranjero, al parecer. Pero el nombre no les dice nada. Carecen de fotos. Los parientes, compañeros de curso, amigos y conocidos del sujeto no existen. Si no fuese porque la empresa aparece mencionada en una guía telefónica de los setenta, no hay pistas que sirvan de nada. Las otras casas pertenecen a operaciones fantasma de la farmacéutica, que ha cambiado de propiedad varias veces. Posiblemente de él es el cuerpo, pero no tienen cómo probarlo.

¿Quién era el hombre de los ojos abiertos? ¿Qué miraba? ¿Quién instaló las cámaras? ¿Qué son todas esas casas? ¿Qué buscaba en la ciudad? La respuesta es un agujero negro que todavía absorbe vidas y energía mental, dice el detective. Hay gente tan obsesionada con el caso que ha tirado su carrera a la borda. Hay más teorías. Ninguna funciona, pero atan los rincones y las esquinas de la ciudad como si fuera un hilo invisible.

El detective al que le pagamos tiene la suya. La discute, de tarde en tarde, con otro policía que ahora tiene un negocio de paltas, que cree que se trata de una fantasía, de una ficción. Los rasgos borrados del hombre son lo contrario, la cara que desea para sí, otro apunte del personaje que quiso crear. En esa ficción está alerta, tiene listas las armas, las casas y las bodegas a lo largo de Santiago; es un ojo absoluto que se prepara para la guerra contra algo que solo él percibe. Pero algo lo paraliza, nos dice el detective antes de guardar su sobre con dinero en el bolsillo interior de la chaqueta. A lo mejor, el miedo. A lo mejor, abraza la promesa de una violencia venidera mientras persigue los puntos ciegos de las cámaras y recorre con la mirada las calles y los cuartos como si fueran lo mismo, convertido en un fantasma, dice el detective viejo y luego confiesa que hasta el día de hoy no se sabe cuántas cámaras están instaladas ni dónde; que no tiene sentido buscarlas porque cabe la posibilidad de que aún sigan funcionando, que sean ojos eléctricos parpadeando a solas, enviando señales eléctricas a la nada, dice.





Álvaro Bisama nació en Valpo el año 1975. es escritor y profesor de literatura y un apasionado del cine, los comics & la música. Magíster en Estudios Latinoamericanos (U de Chile) y doctor en Literatura (PUC). Caja negra, Estrellas muertas, Ruido, El brujo, Laguna y la + reciente Oráculo se cuentan entre sus novelas –junto a ensayos, crónicas y biografías–. Obtuvo el Premio Municipal de Literatura & el Premio Academia (x Estrellas muertas), el Premio a mejor Obra Literaria (x Ruido). Actualmente se desempeña como director de la Escuela de Literatura Creativa de la UDP. Además de impartir clases escribe mucho, lee mangas, ve películas ochenteras y compone vibrantes pesadillas.

POE
TI
Cas



* se insiste en que Chile es un país de vino y de poet@s –también de huasos, especie en extinción al parecer–. acaso ese destino viene apalancado x un paisaje tan diverso y, a la vez, fracturado. esto lo señalaba el poeta y también abogado desdentado Uribe. en un horizonte donde todo se derrumba o se cae o se terremota lo que queda es, quizás, hacer poesía –o en su defecto memes–. o quizás es porque somos un poco una isla – como lo es Irlanda– llena de bichos raros que nadie entiende muy bien. o quizás es porque la primera herencia (escrita) en español fue “La araucana” de un tal Alonso de Ercilla que, como tantas poéticas, era una sobredosis de paisaje para enmascarar la épica de un terruño baldío –sí, como Eliot, Etc–. o, como dice el poeta Rodrigo Rojas, la poesía ni siquiera hay que entenderla sino sentirla, “como la cercanía del mar” –como decía ese otro poeta Borges, que no veía pero si hablaba mucho–.



chic@s

Teatro

Es noche en la carretera
ecos callados
de un niño
blando a sus pies
marioneta sin hilos

Dónde estabas
para sujetarme
dónde te perdiste
para dejar de ser
un padre
un dios, un rey.

Dardos trepan
la pequeña máscara
nunca más veré su cara.

Palomas

Eran sombras en cada esquina
tristes
pantalones abajo

tras un árbol un poste un alambrado

-no aceptes chocolates ni
hables con extraños-
cábala de palomas mudas
en la jaula de un palacio techado de cristal
repetido en historias
de estantes rosados
-despierta que viene el príncipe besador-
por el que está permitido
dejarse arrastrar

tras un árbol un poste un alambrado.

Blanco y negro

El sol cubre la planta de tus pies
no las alcanzo
en el vidrio gastado
eras niño cuando aún no sabías mi nombre
lo diáfano en tu inocencia
despeinada

acurrucarse en el hombro de tu hermana
en la prehistoria de la fantasía
cuando nacer era glorioso
el algodón era pétalo en tu cuerpo
y tus ojos se saciaban a tres metros
en la única transparencia.

Qué lástima el tiempo lineal
dos puntos unidos en
al medio el vacío
y reímos
y te nombro
y acaricio tus rulos.

O quizás no verías
la costa lejana
y me odiarías en la retina
por el moho del pastel
ofrecido con una sonrisa
bañada en humedad

Cuelgo la inocencia
del pasado hierático
es decoro
dejar el tiempo pasar.





Mariana Grunefeld Echeverría periodista PUC, autora de reportajes y columnas, profesora de historia y actualidad especializada en el siglo XX y religiones comparadas. ha escrito libros académicos y de investigación: *Pasión por entrevistar* (Cimas, 2008), *Mujer estrella de Chile* (Nueva Patris, 2010) y *Alma y voz chilenas* (Nueva Patris (reedición, 2018). ex alumna del Magíster Escritura Creativa UDP (2023/25).

Ojalá fuera rigurosa

Cuando volví de Europa
pensé que estaba más delgada,
que pasar hambre
había hecho su magia, pero
a los dos días
mi mamá comentó que mi cuello
se veía “gordito”
con el moño alto.
Mi fantasía de esbeltez cayó
a la tierra y yo me hundí
en el fango de la gordura.

Pasé horas en el espejo
recorriendo las partes que ayer
me parecieron bien y ahora sobran.

Ojalá una pudiera
ir borrando partes con una gomita
como en un capítulo de Bob Esponja.

Ojalá no hubieran tantas fiestas
con spritz y vermouths, no tuviera
mi vida de proto poeta y me consagrara
al rigor de la dieta y la literatura:
trabajar el proyecto de ser flaca,
tal vez publicaría antes el libro.

Banda elástica

Apareció en el carrito de la feria
una cinta elástica
para hacer ejercicio
no sé de dónde salió
tal vez cayó del cielo.

Todos los días pienso que estoy gorda
que ocupo más espacio
que hace dos años atrás.
Nunca
he sido flaca, solo he tenido
épocas de sufrimiento,
ahí no importa si como o no, importa
que la vida se va a la mierda,
tengo ojeras, pero nadie
me dice “estás gorda”.
Hay otros defectos
como la pena o la desesperación,
pero estás delgada -o su equivalente-
en un cuerpo como el mío
que la guata se quede dentro si respiro cortito
si no estornudo, ni bostezo, ni grito.

Ahora me vino bien
la banda elástica moradita del Decathlon.
Juego con ella un rato y la dona
que me comí anoche desaparece.
Me viene la esperanza de que tendré
menos guata
o que no se me haga
el rollo en la espalda
que odiaría mi mejor amiga
obsesionada
con su delgadez.

Vacaciones

Me gustaría estar llana
o sea cómoda
el mundo es inmenso y yo
no necesito hacerme más chiquita
hay espacio para mi cuerpo y para todas
las palabras
que viven dentro de él,

no preocuparme,
solo flotar
o existir -que parece lo mismo-
sin ordenar; estar echada
en la silla de la terraza
con el libro en las piernas,

el futuro por delante
díganle que venga lento y
no me diga
que el tiempo salta,
que cuando caiga la tarde
ya seré muy vieja.

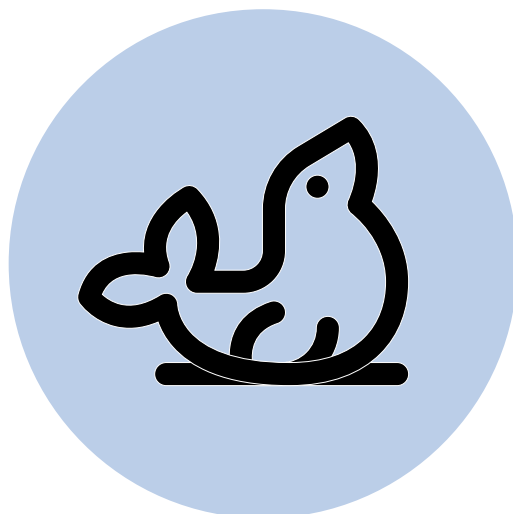
Focas

Las focas son muy hermosas
en Instagram
son la especie invasora de mi feed.
En el agua
son balas de grasa
nadando diligentes.
En la playa
parecen escalopas
de arena y redondez.
~~La gordura es solo fea en las mujeres.~~
Son tan lindas las focas
con sus ojitos negros,
con su hociquito chato.
~~El corte pixie no luce sin un cuello esbelto.~~
~~¿Y si le pregunto a mi amiga el dato del Ozempic?~~
Entre más rechoncha la foca
más ternura te causa.
Entre más papada tengo,
estoy más lejos de la portada de Vogue.





Marla Corales (Parral, Chile, 1994) es escritora y realizadora de cine y televisión. actualmente cursa el Magíster en Escritura Creativa en la UDP y es diplomada en Escritura Creativa por la misma casa de estudios. su trabajo explora las relaciones entre cuerpo, imagen y escritura a través de una práctica híbrida que cruza poesía + ensayo + cultura visual. en 2025 fue seleccionada para el Curso de Desarrollo de Proyectos Audiovisuales Iberoamericanos (CDPAI), donde elaboró el guion de su primer largometraje de ficción, Hijo del viento. en el presente trabaja Mi no marido, un proyecto de poesía híbrida sobre vínculos, enfermedad y representación, en proceso de búsqueda editorial.



~~que bueno que por fin podamos hablar de las focas tal como se lo merecen y vaya que se lo merecen.~~ existen 33 especies de focas llamadas fócidos o focas verdaderas. de aquí se desprende de que existen focas falsas lo cual es falso. son una familia de pinnípedos emparentados con los lobos, leones, osos y elefantes marinos. lo que + nos importa de las focas es su asociación al término "echar la foca". al parecer cuando hay una confrontación los machos focas, o sea los focos, para demostrar su superioridad biológica lanzan unos tremendos gritos. así la foca macho que grita + fuerte gana el campeonato. por suerte para los perdedores existe un premio de consuelo llamado época de apareamiento. por otro lado quizás toda esta referencia es equívoca porque los que se agarran a coscachos y rugen son los lobos o elefantes marinos y no las focas, las que sencillamente y desde lejos se sientan a contemplar ese espectáculo macabro donde esos mastodónticos se hacen añicos unos a otros, ensangrentando las oscuras playas. así pan y circo para las focas que quieren, + bien, pasar piola.

Hornopirén

¡Atención!

La duda que tengo puesta es
si acaso cristo carpintero
me pudo advertir mejor
sobre mi otro mismo

Los conocí tomando en la gruta
caleta Pichanco arriba
El vino no es vicio en mi casa
y ahí seguimos metiéndole
Incluso me ayudaron a entrar leña

Y como que después de eso
tengo mi eslabón perdido
me robaron como seiscientas lucas
me di cuenta al día siguiente
cuando desperté con mis propios ronquidos

Fui a buscarlos
los pillé tomando afuera del cementerio
agarré a uno
le metí un destornillador en la boca
forcejeamos un rato
el otro gritaba, quiso pegarme
me tiraron treinta lucas y escaparon

Esa misma noche
entraron por la cocina
acuchillaron a mi vieja de ochenta años
se hicieron unos panes y se fueron

Desperté
con las carcajadas de mi madre
al sentir que moría

Ahora están encanados
aquí a un par de kilómetros,
pareciera que han hecho buena conducta
Sus esposas e hijos

Todas las tardes
cantan en la plaza

Me preguntan hartos
qué voy a hacer cuando salgan
y vengan por venganza

De acá no me voy ni a palos
Y si me quieren matar
¡que me maten!

Los Cuchareados

dormí con los chanchos
 día y noche comiendo
 juntos desde niños toda una vida
 conocí la suerte
 el acordeón llegó a mis manos
 cantábamos a lo lejos bellas
 tonadas con nombre de mujer
 nos llevaron a Victoria, Retiro, Longaví
 ganamos, nos robaron, fuimos torpes
 pero hacíamos bailar a todo el mundo

los Cuchareados inventamos la noche
 salíamos en la madrugada
 como sol rojo en bosque araucano
 vuelta y vuelta en las plazas
 que risa todo el santo día
 picadas al paso
 caras nobles
 olor a otro país
 cada integrante se fue a chillar al
 monte

volví con los chanchos

conocí la falta de cabeza
 parado de manos muerto
 de susto sudando amor
 cada mañana
 tengo deseos de besarla

no me quedan más de cinco años
 o a lo mejor
 estoy durmiendo todavía

Emiliana

intenté ser profe
 aprender de la piedra
 con su pizarra
 mitad ecuación
 mitad cuadro del bosco

hice pulseras con dientes
 caídos de mis hermanas
 a precio módico
 con el alba pegando

le corté el cordón
 umbilical a mi nieta
 la mamá se creía cleopatra

a cada una la metí en un cuento

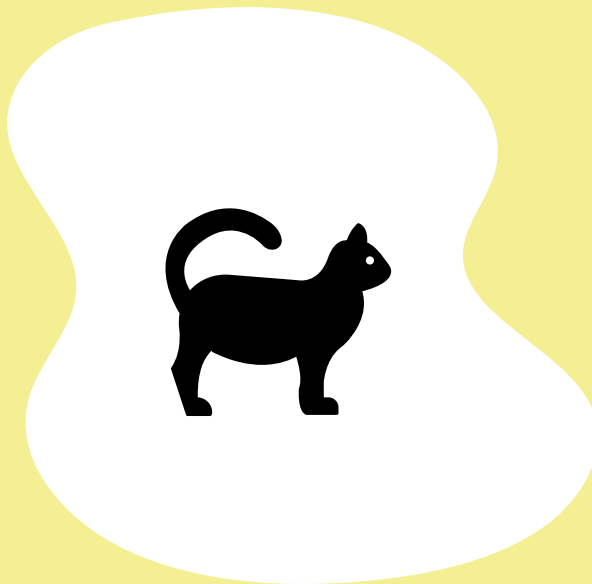
recién ahí pude
 enfrentar a mis padres
 lápiz y papel

todo ocurrió en uno
 o dos minutos
 pero van quince años
 de nadie escuchando

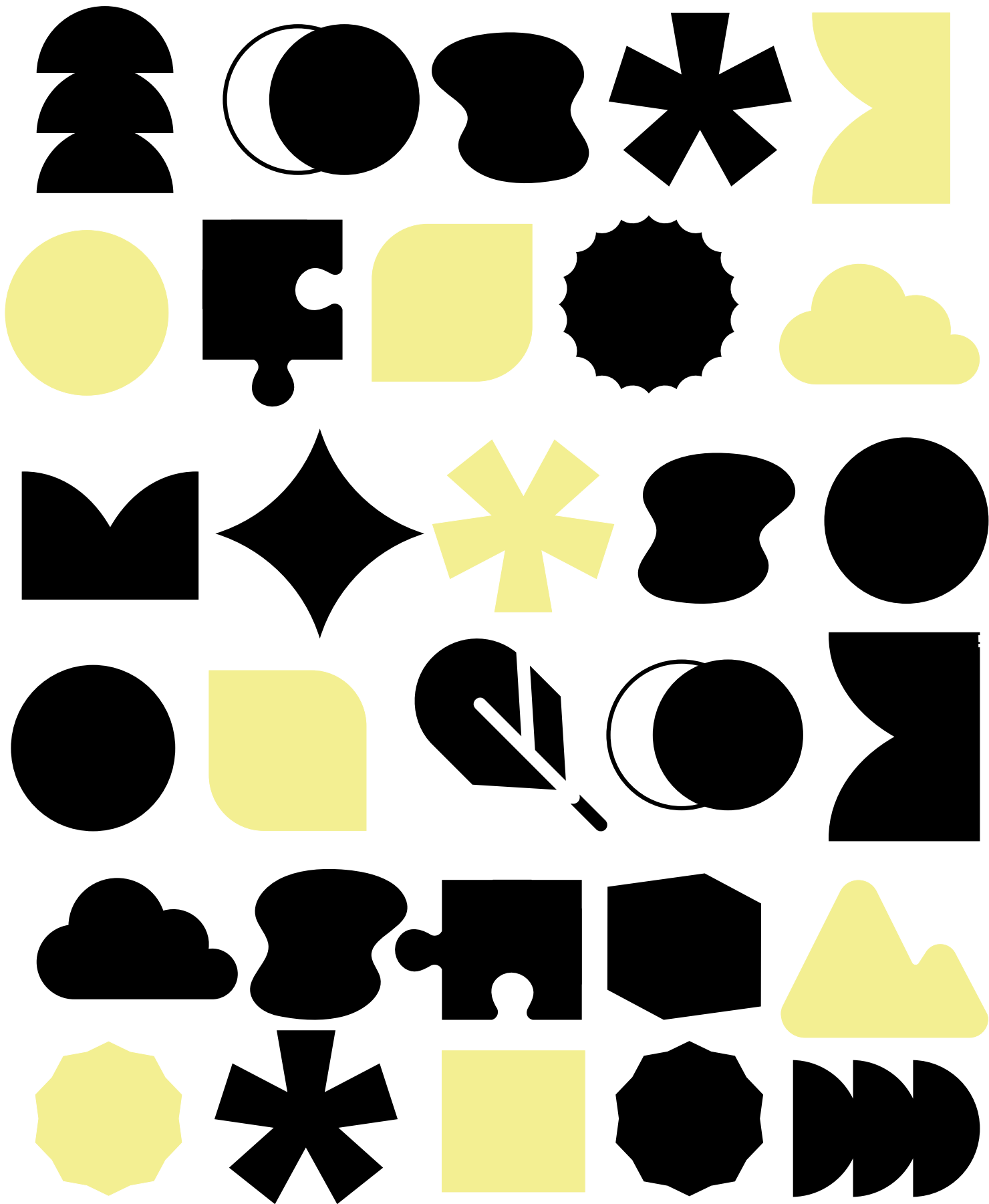
algunos diarios de provincia
 me pescaron. Y la tribu
 que me vio nacer brilla
 por su ausencia

ahora dormimos en un huerto
 por el puro gusto de hacerlo
 la luna se posa en mis hombros
 llenos de tierra seca





Sebastián Vargas es poeta y periodista. publicó el poemario “Es Un Hecho” en 2023 y formó parte de la Antología “Revelations” en 2025, ambas publicaciones independientes. colecciona manuscritos encontrados en las calles: cartas, discursos, reflexiones, mensajes y declaraciones de amor. en 2025 cursó el Diplomado de Escritura Creativa de la UDP. mientras edita sus textos escucha rancheras y vive junto a un gato negro llamado Richi.



ha
llaz
GOS



* crónicas, reportajes, opininones, dolores de cabeza, dispersiones, güikiliks, textos indexados, párrafos desclasificados, blogs, fragmentos, entrevistas, crónicas, críticas, textos rotos, narraciones a la deriva. todo lo inclasificable reunido y puesto en fila como una exposición de hormigas que se pasean bajo el sol. como en un insectario. o en una pescera. o en un gabinete de curiosidades. en fin, cualquiera de esos cuestionables formatos de la examinación y el análisis de las humanas extravagancias. adéntrese & explore sin compromiso alguno.



& tazetas
chic@s

Durante mi primer año de trabajo en el Liceo de Colchane acepté ser el guardaespaldas del alcalde. Me lo pidieron así: en medio de la clase me llamaron a la oficina del director. «Necesito pedirle un favor», me dijo Cutipa con tranquilidad. «Mire colega, sin mucho rodeo, hay que acompañar al alcalde hoy en la fiesta». Intenté preguntar de que se trataba, pero Cutipa olfateó mi duda y decepcionado me dijo «no, no ... no se preocupe. Si le complica, no hay problema. Le pediré a otro colega, no quiero comprometerlo». Antes de que dijera algo más, ya estaba aceptando, diciéndole que por supuesto podía contar conmigo. En ese momento, solo podía pensar si esto era lo habitual, cuáles eran los límites en este pueblo. Son preguntas que me seguiría haciendo durante años, pero en ese momento solo pude asentir.

Con el tiempo me fui acostumbrando. A veces estaba haciendo clases y en el recreo estaba inaugurando la plaza o la sede de un pueblo fantasma. Después le agarras el gusto; es divertido que te saquen del trabajo, te quedas a la fiesta, te olvidas de quién eres. Todo se justificaba con los latiguillos de Cutipa, muletillas que después de unos meses ya podías recitar de memoria. Mi favorita era «estamos alejados de los grandes centros urbanos». Lo usaba para delimitar la frontera entre el mundo de abajo, la ciudad, y el mundo de arriba, el del pueblo. Según ese mantra, pasado el límite, todos estábamos dotados de un poder especial y debíamos ser capaces de «sacrificarse un poco por la patria», como él decía. Así, además de profesor podía ser gasfiter, cocinero, lavadero, jardinero, albañil, mesero, chofer o guardaespaldas.

«Véalo como una muestra de compromiso con la comuna. Al hombre le gusta que se pongan la camiseta. Por nada del mundo lo deje solo. Siempre pendiente», me ordenó Cutipa. No parecía tan difícil.

Poco después, en la sala de profesores, Mariaelena me puso al tanto de quién era nuestro alcalde. El cojo Teo tenía fama de mujeriego. En esos lances fue donde su archienemigo Rosauro Ch. le había roto la pierna en tres partes. El emplasto con piel de lagarto que le había puesto su madre no funcionó y se pudrió junto a las heridas en menos de una semana. El médico del pueblo lo mandó a operar y Teo se pasó seis meses con licencia. Volvió con dos centímetros menos de pierna izquierda, igual de enamoradizo y penden-ciero. Pero ya había dicho que sí. Yo, que apenas sabía defenderme, ahora era responsable de que no le rompieran la otra pierna. Mis otros colegas por supuesto me alentaron, «muy bien», me decían, «a Cutipa nunca se le dice que no».

*

A las 9 pasarían por mí, así que me vestí con lo mejor que tenía: un traje roñoso de cuando había salido del colegio y unos zapatos media talla más grande que me había prestado el tiburón Martín, mi compañero de pieza. Ese año vivíamos ocho colegas en la casa tres, y todos se preparaban para salir a la misma fiesta en la que yo estaría trabajando. Se perfumaban, conversaban y tomaban algunos tragos mientras yo me apretaba la corbata frente al espejo sucio del baño masticando la envidia.

Pasaron por mí alrededor de las 10. En la camioneta fiscal, el orco García tenía latas de cerveza abiertas en el posavasos y una más aplastada sobre el asiento del copiloto. Apenas me subí me pasó una. «Tome, profe, para ponerse a tono». Le di las gracias y me guardé la lata en el bolsillo de la chaqueta.

*

Llegamos a la fiesta por un camino de tierra que conectaba Colchane con el pueblo de Cotasaya. Como en la mayoría de las fiestas, la celebración se hacía en el gimnasio techado del pueblo y el de Cotasaya estaba irreconocible. Cientos de personas bailaban frente al escenario al ritmo de la cumbia. Alrededor, un montón de sonidistas, camarógrafos y tramoyas vestidos de negro se movían en la sombra; aislado en una esquina un hombrecito sentado en una grúa de filmación volaba su cámara sobre los asistentes. Telas doradas y blancas caían fastuosamente por las paredes, y sobre el escenario, grandes pantallas LED retransmitían la fiesta en vivo. La amplificación se oía a leguas por toda la pampa. Era todo un festival montado en un galpón de adobe; nunca imaginé algo así en un pueblito de tres manzanas, en un lugar tan desolado. Además, aún eran tiempos de electricidad con motor, de apenas seis horas de luz por la noche, y ahí estaba la fiesta, brillando en medio de la oscuridad de la puna.

*

Los alférez estaban sobre el escenario bailando y bebiendo cerveza junto a la banda “Infieles de Bolivia”. Él alzaba los brazos animando al público y ella bamboleaba su vestido mientras brindaba con cada uno de los músicos. «¿Dónde está la familia Challapa?», gritaba el animador con voz ronca. Me fijé que los alférez tenían bufandas de billetes, cientos de miles de pesos en plata chilena y boliviana, y el verde inconfundible de unos cuantos dólares. Los invitados se acercaban a clavar con alfileres el dinero sobre sus ropas; un rito de ofrenda por la atención, y sobre todo por la cerveza. Más billetes, más cerveza. Había maletas de cerveza Cristal esparcidas por todo el gimnasio. Caminando un poco reconocí algunas caras: funcionarios municipales, aduaneros, profesores, carabineros, estudiantes y apoderados de la escuela. Todos, incluso los niños, bailaban alrededor de dos a tres cajas de cerveza apiladas frente a ellos.

*

Ahí, entre la multitud, divisé al alcalde y me acerqué tímidamente. Estaba bailando junto a su esposa y la gente de su gabinete, ambos de punta en blanco con trajes aymaras bordados con lana fina. Antes de que pudiera presentarme, el alcalde me alcanzó una cerveza de las que tenía arrumbadas frente a él y la abrió. La recibí sorprendido. Pegando mi boca a su oído, le grité «yo soy el profe que lo viene a cuidar». Teo apenas me miró, solo me hizo un gesto positivo con la mano y después chocó su cerveza con la mía gritándome «¡Jallalla!». Antes de darle un sorbo, roció el suelo con su espuma y me dijo: «¡que sea en buena hora!». Yo repetí el gesto y el alcalde me sonrió mientras retomaba el ritmo de la cumbia.

*

En todo caso, esa cerveza que me había dado Teo me confundió. No sabía muy bien si eso había sido un pase de libertad o una bienvenida al turno. La duda me duró lo que me duró la cerveza. La fiesta había decidido lo que tenía que hacer conmigo. Apenas me terminaba una, uno de los funcionarios del alcalde me pasaba otra. Me habían advertido que lo mejor era aceptar todo lo que me ofrecieran, decir que no era una ofensa y mi rol era evitar la discordia. Cada vez que abría una cerveza, repetía el ritual: el clac de la lata, el chorrito al suelo, el Jallalla. Me estaba mimetizando. No perdía de vista al alcalde, pero de vez en cuando alzaba la cabeza para divisar a mis colegas que bailaban entre la multitud. De

vez en cuando el tiburón Martín y los demás me hacían señas y empinaban sus cervezas saludándome. «Qué ganas de estar allá», me lamentaba, pero rápidamente volvía a mirar al cojo Teo que tomaba, bailaba y balbuceaba cosas al oído de sus amigos.

*

La noche transcurría tranquila, sin sobresaltos. El frío de la cordillera apenas se sentía y yo me entretenía viendo caer, desplomados, a los que no podían más. Sobre las graderías de la cancha, decenas de personas veían el espectáculo con rostros impasibles. Algunos abuelos se dormían ahí mismo, vencidos por el alcohol, mientras una que otra mujer luchaba por arrastrar al marido muerto para llevarlo a la casa. Yo permanecía firme al lado de Teo apoyado en una baranda, sintiéndome el guardián de la noche.

*

Alrededor de las dos de la mañana la fiesta estaba en su cénit, tocaba el conjunto Eclipse, el favorito del alcalde. Mientras él y su comitiva bailaban, me percaté de cierto alboroto a nuestro alrededor. Al comienzo no me preocupó, miré al alcalde que bailaba junto a su esposa sin molestar a nadie, pero no perdí de vista el tumulto. Por sobre las cabezas vi gente que tiraba manotazos y cerveza. «Qué sigan allá, que no vengan», rogaba. Pero fue como invocarlos. De pronto, la maraña de brazos y manos avanzó en nuestra dirección. «Alcalde, acérquese acá», le dije mientras me ponía delante de él.

Dos veces he peleado en mi vida. La primera fue en la escuela: un compañero me dio un puñetazo y quedé paralizado. La otra fue cuando me asaltaron; eso fue una masacre. Hoy era el día, tendría que defender nada menos que al alcalde, en mi primer trabajo; sin saber pelear, tratando de ser el escudo humano de un cojo.

Con el rabillo del ojo advertí un objeto contundente que atravesaba como un balón toda la cancha y venía en dirección de Teo. «¡Cuidado!», le grité, pero entre el bullicio del tumulto y la cumbia, mi grito sonó seco. Al otro día el tiburón Martín me describió lo que él había visto con estas palabras «Vitoco corriste a lo Kevin Kostner, dispuesto a morir. Pero fallaste». Los zapatos media talla más grande me habían hecho tropezar. El vuelo cinematográfico no evitó que un tarro de cerveza se reventara medio a medio en la cabeza de Zunilda, la esposa del alcalde. La espuma nos salpicó a todos mientras la lata estallaba en su cráneo.

*

Inmediatamente la mujer puso las manos sobre su cabeza en un gesto de dolor. Intenté cubrirla, pero el alcalde me apartó gritándome «¡Sale!». Recuerdo que quería desaparecer, «¿por qué dije que sí?», me recriminaba. Estaba avergonzado. Traté de acercarme nuevamente, pero el alcalde me hizo un desprecio con la mano. El mismo funcionario que me daba las cervezas los fue sacando a la calle de a poco. Los seguí por una puerta tras el escenario. Sentí el frío de la cordillera como una cachetada. Afuera se reunió todo el equipo del alcalde. Inmediatamente llegó Yolanda la peruana, jefa de salud del consultorio, «¿qué ha pasado, alcalde?», preguntó, mientras le abrían paso. Revisó a Zunilda y para tranquilidad de todos dijo «un chichón nada más, no es para puntos. Póngase esto, señora Zuni» y presionó el cráneo con una lata de cerveza fría.

*

Después de un rato la mujer se veía algo mejor, y creo que todo lo que había tomado le había anestesiado el dolor. Ya más calmado, y en un tono paternal que no me esperaba, el alcalde me llamó y me dijo «quédate al lado mío y bien atento, no quiero que me caguen la otra pierna». Yo también estaba algo achispado, pero despabilé con ese indulto que me había dado Teo.

*

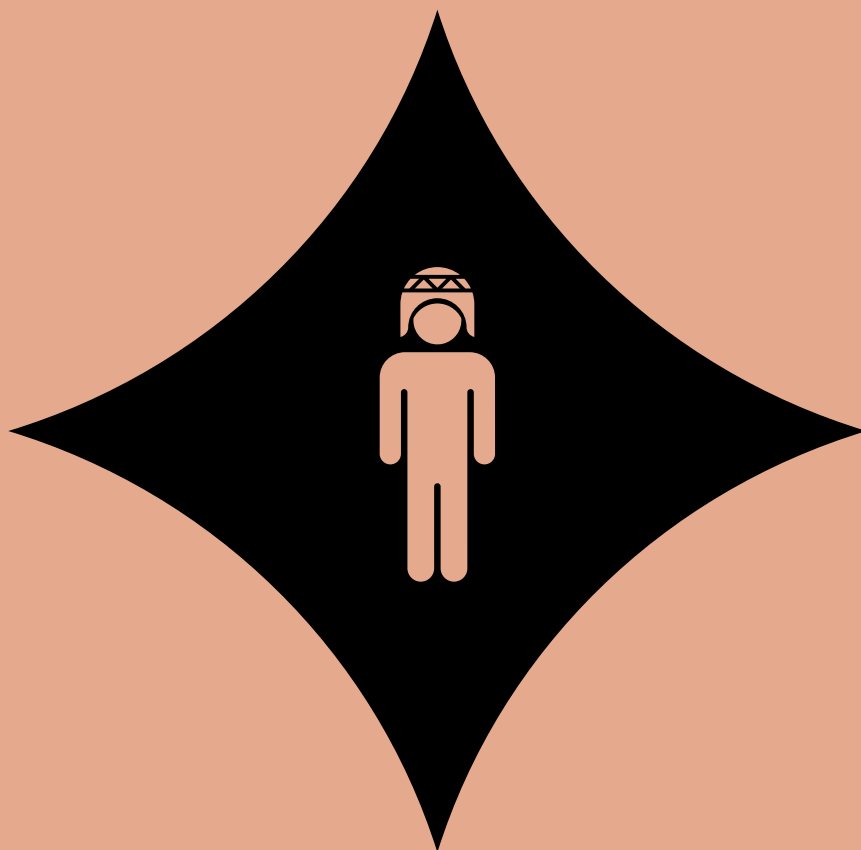
Antes de entrar los dos aprovecharon de orinar. La mujer, solo a unos metros de mí, se subió las polleras mientras su esposo le ayudaba a equilibrarse. Después, orinó él sobre las ruedas de la ambulancia de turno. Volvimos a la fiesta por una entrada lateral, y me fijé que el pleito ya había acabado. Teo iba por delante y su esposa lo seguía de la mano. Mientras caminábamos vi a Zunilda algo más pálida; «debe ser por el susto o el frío de afuera», pensé. Caminaba vacilante, pero Teo no lo notaba. La arrastraba a buen tranco, al ritmo de la cumbia, mientras saludaba galante a cuanta pobladora veía en las graderías. Me preocupé por Zunilda, así que me apegué un poco más.

Seguí atento a Zunilda, que se ponía cada vez más pálida. Busqué con la mirada a Yolanda, que iba unos pasos delante de nosotros, y le grité apuntando a Zunilda: «algo le pasa», pero no me entendía. Volví a mirar a la mujer, que ahora hacía arcadas. Ni mis gritos ni los de la jefa de salud lograron que Teo dejara de arrastrar a su mujer; era más fuerte el influjo que ejercía en él la música, las mujeres, la fiesta. Era obvio: Zunilda no aguantaba más. Después de que su esposo la agitara con esa vehemencia, la mujer explotó. Un vómito acuoso y blanco se esparció por la espalda del alcalde sin que este se inmutara. Yo me agarraba la cabeza mientras Yolanda le gritaba, «¡Alcalde, alcalde!». Teo no se detuvo hasta llegar a su lugar, donde instaló a su mujer frente a él para seguir bailando y tomando. Zunilda, algo más repuesta, se sorbía los mocos y se limpiaba con su manta fucsia la cara. Yolanda le limpió discretamente la casaca a su jefe unos minutos después.

*

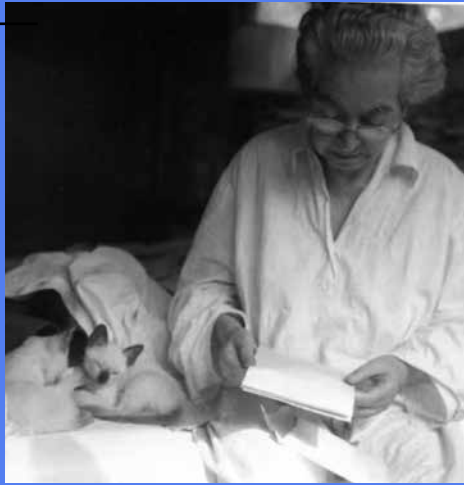
«Un saludo para nuestro alcalde Teo Mamani. Que sea en buena hora, alcalde». Así lo saludaba la nueva agrupación que se preparaba en el escenario. Ya eran alrededor de las cuatro de la mañana. Volví a mirar a la esposa de Teo bajo las luces mortecinas y había recobrado el color. Siguió bailando y brindando, ahora renovada. Miré a Teo abrir otra cerveza que se había machucado en el suelo. Al abrirla derramó un buen chorro a la tierra y, antes de que se la pudiera llevar a los labios, la espuma subió por la lata hasta empaparle las mangas de su traje. La banda tocó una canción que Teo y todo el mundo cantaron con sentimiento, la letra decía «Espumita de cerveza, mi chelita querida/sos testigo de mis logros, alegrías que pasé/sos testigo de mis penas, tristezas que sufrí». El alcalde me miró para brindar. Yo saqué rápidamente la lata que aún guardaba en mi bolsillo y le devolví el gesto. Después me gritó con su voz desangelada, «Jallalla, que sea en buena hora».





Victor Vives, nació en la Serena, Chile el año 1990. desde hace 11 años se desempeña como docente de musica en el Liceo de Colchane altiplano chileno donde comenzó su interés por la literatura. sus escritos giran en torno a su experiencia en el altiplano, abordando temáticas de identidad, frontera, arraigo & docencia.

Gabriela Mistral en pijama & dos mini gatos siameses retozones



Jack Kerouac y su gato Tyke



Borges & Bepo en la unánime noche



Cortázar con un michi genérico

(Bukowski) →



Bukowski, quien además de al alcohol y a las mujeres también amaba los gatos

← (gatowski)



Patricia Highsmith, quien prefería la compañía de los gatos y los caracoles a las personas

Gabriela Mistral sentía un gran amor por los animales y especialmente por los gatos. Tuvo varios a lo largo de su vida, cuenta Doris Dana su secretaria, heredera, amiga y último amor que, ella los llamaba “nuestros hermanos mudos”.

Rodolfo Oroz, Premio nacional de literatura se dedicó a la investigación de nuestra Premio nobel y en su libro “Los animales en la vida de Gabriela Mistral”, de 1987, señala que el amor de Gabriela por los animales habría comenzado en su infancia cuando visitó el parque del hacendado don Adolfo Iribarren. Este era un parque medio botánico y medio zoológico, donde ella conoció el ciervo, la gacela, el pavo real y el faisán. Indagando en las redes este corresponde al Fundo Las Palmas ubicado entre Montegrande y Quebrada de Pinto.

Oroz explica que entre sus obras (Desolación, Ternura, Tala y Lagar), la poeta nombra 198 animales y que de estos 123 están definidos, esto porque muchas veces ella utiliza solamente un término genérico, es decir sin referirse a un ejemplar determinado de la especie. Un lugar especial tiene el Pájaro Pinta, ave imaginaria de una ronda infantil. Asimismo, Oroz indica que Mistral tiene un cierto influjo de Rubén Darío fascinado por el cisne.

En la Antigua Roma el gato simbolizaba la independencia y la libertad, me parece que no hay otro animal más adecuado para acompañar a “Gabriela Mistral Rebelde magnífica”, como la llamó Matilde Ladrón de Guevara en su libro de 1961, tras cuatro años de su muerte. Cuyo manuscrito se encuentra en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional Digital.

También en dicho Archivo existe un texto en prosa poética, al parecer inédito, mecanografiado titulado “El Gato”, es un pequeño trozo de papel manchado por el óxido, donde puede leerse: “Tiene ritmo lento, para prisa, el perro que come plebeyamente salpicando la aureola del plato. Él es lento como los”, el texto llega hasta ahí. Intento encontrar esa palabra final.

Un registro de audio de 1950 también está en la Biblioteca Digital, da cuenta de una alegre conversación de Gabriela Mistral con la escritora argentina Marta Solatti y Doris Dana sobre una camada de gatitos recién nacidos. En el audio, de media hora, Gabriela canta, ríe, reconoce que ella es muy desafinada y que su madre la hacía callar cuando era niña.

Gabriela conversa con los mininos: “venga mi mugrientita” y cuando sus amigas la tratan de abuela, ella responde que es su mamá; “una linda princesita, pero con colita”; “yo me voy a poner peluda para ustedes”; “yo voy a estar con mi gatería”.

Así, sobre su gatería las redes del Museo Gabriela Mistral señalan que sus gatos Jazminito y Pisifó, recibían cartas y eran testigos silenciosos de su escritura. Por otra parte, cuentan que tiene el museo una gata residente que se mueve entre estanterías y mesas, de forma elegante y curiosa como si encarnaran el mismo amor que la poeta sentía por los felinos.





Cecilia Zamorano Vásquez, cartógrafo, provincia Cordillera. amante de los libros, los mapas y viajar. el gusto por escribir se originó en su infancia. alumna del Magíster de Escritura Creativa de la UDP.

Visitando los **#backrooms** de **#plazadearmas** sin siquiera planificarlo. Porque como una cosa lleva a la otra, la Anastasia me llama y parto a encontrarla donde su amiga Isi.

Llevo jugo de naranja 100% natural y agua **#strong #gas** excelente brebaje.

Compartimos, vimos las grabaciones del video que estaban filmando muy genial.

Repentinamente me contacto con Teo y parto a Bellas Artes con el concho de mi agua strong gas dentro de la bolsa que me regalaron en el quinto anillo del infierno esa vez en una fonda lesbiana bajo tierra en unas mazmorras.

Me estoy desviando.

Cuando nos íbamos Tomás reconoce a alguien en una mesa en donde hablaban en inglés. Inmediatamente me despertó el interés y lo convencí de ir a saludar.

La chica que hablaba perfecto inglés resultó ser la Lupe.

Apuraron sus copas y partimos a su departamento.

Le pregunté a Dennis su nombre y me probé sus anteojos de vidrio rosado y marco dorado estilo Top Gun.

Dennis se dedica a la pintura pero odia pintar.

Debe tener unos sesenta y tantos.

Pinta europea que no se la puede.

No hablaba nuestro idioma pero aún así entraba en el juego del delirio, y hasta cuando le tomaban el pelo no lograban romperlo y respondía con la ironía de un caballero medieval. Un astro.

Lo acompañaba Aljoshka, un chico de mi edad más o menos, berlinense, film maker, contratado por Dennis para grabarle un documental sobre su día a día viajando por latin america.

Dennis decía que no tenía ni idea de lo que Aljoshka estaba grabando ni como iba a ser el supuesto documental.

“Démosle el gusto a estos gringos con el guitarreo”

Estábamos todos sentados en el suelo menos Dennis que dijo que jamás se sienta en el suelo.

Él no entendía nada porque se había convertido en un dios egipcio acariciando el gatito.

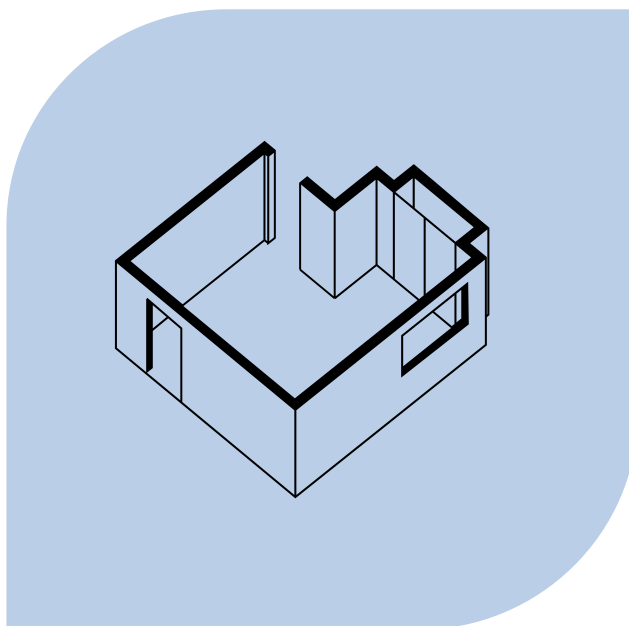
Poco después me marché.

Así son las backrooms de plaza de armas:
 Se llega sin planificar
 Tentando la suerte
 Se vive dentro como si no existiera el afuera
 Te recargarás
 Solo si te entregas por completo
 Y haces las preguntas correctas
 Sales lista para dormir pero sintiéndote más viva for sure.





Amanda Téllez es una artista multidisciplinaria, habiendo pasado por la escuela de teatro de la Universidad de Chile, en Diseño Teatral afinó su capacidad creativa en torno a una historia. realizó posteriormente el diplomado de escritura creativa en la UDP donde desarrolló su tercera novela. ahora estudia ilustración en Duoc UC y esboza un futuro donde converjan estas tres disciplinas.



los **backrooms** son cuartos cuánticos que invadieron el internet con una publicación en 4chan el año 2019. esta pesadilla analógica es, en lo profundo, una variación del laberinto. quizás el backroom más famoso es el cretense con el minotauro, que ya contiene lo que se volvería a inventar muchos años después: una serie de corredores liminales donde puedes o no encontrarte con ese guardián que acecha. sobre este hiper citado backroom el erudito húngaro Károl Kerényi ha sugerido que más que un laberinto de tiempo o de rocas o de enigmas éste sea una referencia al baile ritual de las parejas para los advenimientos del nuevo ciclo estival. estos estarían, a su vez, emparentados con el vuelo de los pájaros que partían en sus propias odiseas migratorias. para quienes les interese el tema sugerimos su libro –con el inesperado título– “En el laberinto”. Una guía visual menos conceptual es “The Maze, a labyrinthine Compendium” de A. Hyland & K. Wilson donde aparecen toda suerte de backrooms, desde los europeos a los chinos y hasta algunos andinos.



M

¿Cómo definirías actualmente la identidad del catálogo de Ediciones Overol?

D:

Conviven en el catálogo obras de autoras y autores de distintas generaciones y estilos. Nos interesa contribuir a la circulación de textos en prosa, poesía y ensayo, que se están escribiendo hoy (por ello hay varios primeros libros y seguimiento a la obra de autores, haciendo énfasis en la edición como espacio de taller), y este conjunto comparte con obras de escritores/as consagradas que pensamos pueden tener interés actualmente. Las une el interés por lo contemporáneo y cómo esa diversidad de textos dialogan con el presente.

M

¿Qué criterios priman a la hora de seleccionar un manuscrito?

D:

Respecto a la pregunta sobre los criterios, mira, los criterios han ido cambiando a lo largo del tiempo en base también a la capacidad que tenemos de recibir y de leer los manuscritos.

Nosotros, el año pasado, el 2025 cumplimos 10 años, así que tenemos una larga historia en la editorial y distintos momentos. En este minuto, claro, nuestra capacidad (seguimos siendo 2 personas con una sobrecarga de trabajo importante), entonces la capacidad que tenemos para evaluar manuscritos es mucho más limitada, lo que nos lleva por supuesto a preguntarnos y a ver, de pronto, qué líneas podemos continuar en la editorial que nos parezcan que en este minuto están más débiles o que podrían tener una continuidad.

Es súper importante el feedback, la respuesta a lo que nos van comentando lectoras y lectores en las distintas instancias más sociales en las que participamos con la editorial, como, por ejemplo, las ferias. También ahí es un buen momento como para poder ver y evaluar, ya que hay muchas sugerencias. Hay mucho interés por algunos tipos de libros y, de alguna manera, creemos que eso también es importante considerarlo.

No escogemos libros en base a nuestros gustos necesariamente, sino que pensamos que también bajo nuestras capacidades (las que tenemos tanto Andrés y yo) podemos potenciar en el libro con nuestras lecturas, con nuestras sugerencias.

Eso ha sido súper importante. Lo que nos llama la atención, por supuesto, siempre es -dentro de las propuestas que leemos- el riesgo y la capacidad justamente de poder dialogar con nuestro catálogo. Hay algo que nosotros pensamos y creemos que sería interesante de poder ser leído hoy, porque quizá hay escrituras que no tienen tanta difusión o no tienen tanta circulación, y justo si además coincide con que Andrés y yo nos sentimos en la capacidad de poder hacer una buena lectura del libro, poder proponer algo, una buena sugerencia de edición, nos parece que eso podría ser interesante de poder publicar.

También nos interesa mucho -como comentaba en la primera respuesta- darle continuidad a la obra de autores que ya hemos publicado. Varias autoras con las que hemos publicado un primer libro, un segundo libro, un tercer libro, como es el caso de Cynthia Rimsky, que es una autora de mayor trayectoria, pero también por ejemplo con Belén Fernández, que publicó su primer libro con nuestra editorial y que ahora publicamos el segundo, y así también le vamos haciendo el seguimiento de obra a las personas. Eso nos parece también interesante de poder acompañar y de poder guiar de alguna manera.

M***En esa misma línea, ¿qué tipo de proyectos quedan fuera del catálogo?***

D:

En este minuto, claro, lo que queda fuera del catálogo muchas veces tiene que ver con eso, con que no tenemos la capacidad para poder abordarlo. No necesariamente se relaciona con un estado de avance; hay libros con los que hemos trabajado a modo de taller por muchos años, meses... depende, digamos, del manuscrito.

Pero lo que se va quedando fuera es lo que pensamos que también puede ser trabajado mejor en otros sellos. Ya al tener tanto tiempo de trabajo en este pequeño mundo editorial, conocemos también a otros editores, a otras editoras, también a sus sellos y, a veces, internamente nos vamos recomendando manuscritos que pensamos que quizás pueden tener una mejor salida en otro sello.

M***¿Cómo es el proceso con una autora/autor desde que reciben el manuscrito hasta su publicación y posterior difusión?***

D:

Bueno, las preguntas sobre el proceso de edición y la negociación con cada autor y autora están unidas, creo yo, por lo menos en nuestro sistema de trabajo.

Una vez que recibimos el manuscrito, que lo leemos y creemos que podemos trabajarlo, llegamos primero a una instancia en que, además del interés por el manuscrito, hay que ver de qué manera en el tiempo -en el calendario que tenemos dentro de la editorial- ese trabajo se puede incorporar, y los plazos proyectados para la edición y la publicación de ese libro.

Porque muchas veces hay autores que están más urgidos de tiempo y están más ansiosos por publicar, y los tiempos actuales que maneja la editorial siempre son con mucha distancia y con bastante plazo para poder concretar su publicación, porque los calendarios que trabajamos siempre son anuales. Por ejemplo, este año ya, si nos llega un manuscrito ahora, no podría ser publicado este año, tendría que esperar al siguiente, y el siguiente ya tiene publicaciones programadas.

Entonces, requiere primero la aceptación de ese espacio de tiempo necesario para que el título se incorpore al calendario.

Así que eso va primero, para que todas las partes sepan de antemano y puedan estar en conciencia de que, de pronto, nos hemos dado cuenta de que hay manuscritos muy buenos y que nos interesan, pero que si ya está bien avanzado el texto y no tenemos espacio, también podemos aconsejarles que quizás trabajen mejor en otros sellos que sabemos que tienen un calendario un poco más flexible.

M

¿Cómo negocian las decisiones entre autor/a y editor/a?

D:

En el proceso mismo de la edición, una vez que estamos de acuerdo, vemos las condiciones de trabajo, proyectamos los plazos, leemos tanto Andrés como yo el archivo en Word editable para poder hacer sugerencias y controles de cambio, cada uno en el mismo archivo. También pasa a Mario Verdugo, que es una persona con la que trabajamos toda la parte de la corrección de estilo, ortográfica y ortotipográfica. Él nos ayuda a veces cuando creemos que es un libro que requiere una mirada de más comentarios de edición, además de todas las correcciones de texto.

Entonces leemos, nos vamos turnando en el archivo y ahí después vamos comentando. Se forma una discusión dentro del mismo Word, una discusión escrita en la que respondemos a nuestras sugerencias. Si alguien, por ejemplo, opina: “mira que esto podría ser un poco más sintético, aquí podría haber una elipsis”, de pronto a cualquier otra persona del equipo se le puede ocurrir un ejemplo y una forma de cómo eso podría llevarse a cabo.

Y así, la idea es que después el autor o la autora reciba este manuscrito con todas esas observaciones y pueda tomar lo que le interesa, lo que dice “esto me parece súper bien”, o lo que piensa que quizás no le hace sentido, eso también puede quedar ahí en el registro.

Luego vuelve una segunda pasada en la que esas cosas se conversan y, si no hay acuerdo en algunas, siempre quien tiene la última palabra es quien escribe. Entonces se conversan y mostramos por qué sugerimos lo que estamos sugiriendo, pero si no hay recepción de aquello tampoco es algo crucial para su publicación. Siempre quien escribe es quien tiene la última palabra, porque es la persona que finalmente firma el manuscrito.

Y estas sugerencias y observaciones son de distintos tipos. Hay, bueno, actualmente hay hartos escritores que son muy buenos, muy profesionales, pero no necesariamente, por ejemplo, saben utilizar los guiones en los diálogos, tampoco los saltos de página; hay mucho enter, muchos espacios. Entonces hay correcciones que son para preparar el archivo para su diagramación, que son súper básicas y en las que obviamente se tiene que estar de acuerdo, porque es parte de lo que hay que corregir en términos ortotipográficos: el uso de los guiones, el uso de las comas, la puntuación.

Hay una capa de corrección que tiene que ser aceptada y que generalmente hacemos con control de cambio para que se vea el registro de lo modificado, y otras son mucho más de contenido, que apuntan a hacer ajustes literarios. Esas van con comentarios y sugerencias, siempre explicando.

Luego, cuando se acepta y se ven las cosas pendientes, podemos pasar a la diagramación. Terminamos de resolver dudas ya con el libro diagramado en una maqueta digital. Volvemos a leer, y siempre el traspaso del Word al InDesign, al PDF, muestra nuevos errores y ajustes que hay que hacer, incluso por espacio.

En el caso de poesía, por ejemplo, versos muy largos que no se ajustan a la caja de texto del formato, entonces ahí vemos si conviene hacer algún ajuste en el verso o en el formato. Finalmente vamos a una última revisión cuando está la maqueta impresa: vuelve la última tanda de correcciones. Siempre hay cosas que se pasan; además, de la lectura en digital a la lectura en papel siempre aparecen nuevas cosas, es como leer un texto nuevo.

M

En cuanto al diseño de las portadas -que ya es un sello distintivo de la editorial-, ¿de dónde nace esta idea?

D:

Claro, yo estudié diseño y la verdad es que es una idea que se fue formando y asentando en el tiempo. No fue algo premeditado ni proyectado al principio.

Queríamos trabajar con mayor autonomía en las portadas, prescindiendo de obras de terceras personas, simplemente porque al inicio había un ajuste económico importante. Entonces trabajamos con colores planos y con uno o dos colores; son criterios basados en las limitaciones que teníamos.

A partir de esa insistencia, también nos dimos cuenta de que el trabajo más vectorial de imágenes -esta mezcla de un vocabulario visual hecho en base a vectores, geometría y color- funcionaba bastante para las personas y también para la colocación en librerías, ayudando a que esta identidad gráfica se hiciera más reconocible.

Eso, para una editorial independiente que estaba empezando y que sigue siendo limitada en presupuesto y difusión, funcionó bastante bien para reconocer el sello. Y esto se fue dando en conjunto con la observación y la recepción, escuchando también lo que lectoras y lectores encontraban atractivo.

También hay una idea de conjunto: yo tengo una biblioteca de figuras y formas que me ayudan a sistematizar el proceso de diseño y a que todo se vea como una totalidad. Aunque tengamos distintos géneros (poesía, ensayo, narrativa), hay pequeñas variaciones dentro de un sistema reconocible.

A mí me gusta esta idea de conjunto, que nos ayuda a volvernos más reconocibles en ferias o stands. Y también, como te decía, es algo que ha ido funcionando para una editorial independiente que compite en una cancha desigual frente a editoriales más grandes. Además, al ser una editorial que publica poesía, la idea no es guiar tanto la lectura con formas demasiado figurativas. Entonces la abstracción ayuda a una experiencia de lectura más abierta, vinculada al ritmo y a las imágenes, que son recursos propios del texto poético.

En una de sus máximas de sus “Mínimas” Francisco Díaz Klaassen dice que se obsesionó tanto con la frase “uno nunca empieza de nuevo”^{*} que, impulsado por ésta, terminó escribiendo una novela titulada “En la Colina” —novela que, según su propio autor, nadie leyó, incluid@s nosotr@s—. Esta transcurre en un frío páramo del estado de N.Y. y trata sobre las ideaciones y la vida un tanto tortuosa y borracha de un profesor de literatura cuya mujer dejó por su mejor amigo (2x1 clásico de la literatura). Ese académico atribulado pasa todos los días — o casi todos los días — por una colina que le recuerda esa relación ya desbaratada y, a ratos, hasta divisa a lo lejos esos fantasmas de lo que fue su vida. Es así un Sísifo que remonta cuesta arriba y abajo la misma pendiente —pendiente que nos debería resultar familiar, independiente de su geolocalización ya que, como sospecharán, es metafórica y no real, lo que la hace aún más real—. Ese personaje recuerda vagamente la biografía del autor que, según informantes especializados, vivió en Estados Unidos e hizo clases y probablemente escribió mirando por una ventana hacia esos parajes nevados tipo Hallmark. Información relevante en el sentido de que la colina que remonta —y que se patenta en la poética del texto— es una zona liminal entre el hablamiento gringo y el hablamiento chilensis y el ser que está entre lugares o entre lenguajes: “No deja de ser cierto que las galletas de la fortuna no son en verdad chinas. / Son más gringas que levantarse temprano”. Este procedimiento de autoficcionalizarse lo retoma en su última colección de relatos “Cuando no éramos nada”. Aunque también el autor no cree en la autoficción en lo más mínimo. Además si uno conversa con él parece un ser muy dispar o diferente a ese que se asoma en sus textos. Ustedes se preguntarán si hace la diferencia o no conocer al autor de los textos. No es una necesidad. Tampoco es un impedimento. Y por lo general arroja + preguntas que respuestas. ¿Aduce otra capa de lectura? ¿Ilumina el texto? ¿Lo ensombrece? ¿O viceversa? ¿Hay que diferenciar aut@r de obra? ¿Etcétera? (“A los escritores no hay que conocerlos, hay que leerlos” dice Fabián Casas —alias de Sergio Narváez—)

Acaso el momento único en que aut@r y obra son un@ es el equilibrio precario en que ésta se escribe. Es bien sabido que existen autor@s que se dejan llevar por su obra y son, en cambio, escrit@s por estas. Lloran cuando sus personajes lloran y se enfurecen cuando cometen actos atroces o incomprensibles. Acuden a la barra y le dicen al cantinero “No pudo creer que mi personaje haya hecho algo así”. Se supone que Bolaño amenazaba a sus contertulios en los bares de Blanes cuando tenía alguna diferencia —ha de haber tenido muchas— “Voy a llegar a casa y te voy a asesinar”. Y literariamente mató a much@s y no sólo en la ficción sino que en la crítica —un asesino en serie o un pueblo de asesinos en serie ya que si bien no escribió en muchos idiomas sí escribió en muchas formas del castellano que es lo mismo—.

^{*}La frase hace referencia a la novela corta —o cuento largo— de Joseph Conrad— “El duelo”, que va sobre dos contendientes, que representan dos visiones del mundo y son casi símbolos como lo son los colores en el ajedrez, quienes en el contexto de las guerras napoleónicas —que obsesionaron a Conrad y a toda su época— se enfrentan incesantemente durante años: “—No debe usted hablar de quebrar su espada sobre la rodilla, general. Es muy probable que jamás consiguiera otra. Esta vez el Emperador no regresará... *Diable d’homme!* Hubo un momento aquí en París, inmediatamente después de Waterloo, en que realmente me asustó. **Parecía dispuesto a comenzar todo de nuevo.** Afortunadamente, es ésta una hazaña que nunca se cumple. No debe pensar en quebrar su espada, general.” (Trad: Arturo Agüero Herranz)

La otra alquimia autoral, no podemos olvidarlo, es cuando leemos. Que es la autoría que acaso más importa y la que nos recuerda Borges, mediante Piglia y el propio Bolaño —quien, al salir de un tren, proclamó que Borges era dios** y quien, también, dijo que el placer mayúsculo era la lectura y no la escritura—. Así todos somos autores de Klassen o de Bolaño o Borges o Nabokov cuando los leemos y los malinterpretamos. Ya que si nos preguntan a nosotros —al proverbial nosotros como diría Lebowski que también es much@s— una de nuestras mayores virtudes al leer es malinterpretar. Así una ávida lectora de Gabriel García Márquez le señaló como en sus novelas siempre había enanos de fondo —eso que se llama fantasmas, o sea identidades o gestos que pasan desapercibidos al momento de la escritura—. “¿Hay enanos en mis novelas? se preguntó el colombiano y releyó toda su obra —desde la óptica de un lector obsesionado con hallar enanos—. Para su decepción no encontró ni a medio enano. ¿Me habré leído mal?***”

Así en una entrada de “Seriedad y Ligereza” en sus Mínimas, Klassen nos recuerda:

“El público es, así como la literatura, también un acto de ficción.

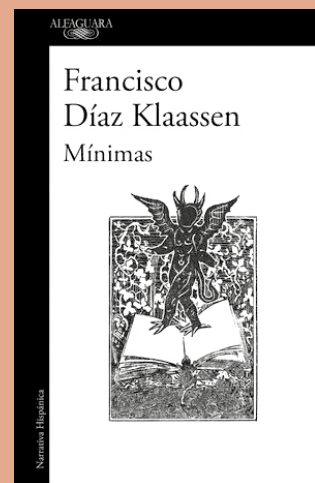
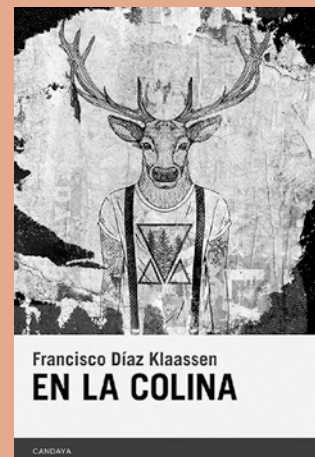
El lector de literatura de ficción es, asimismo, una ficción (porque no son concretos, son futuros e hipotéticos). Una ficción que concurre con otra ficción. Una ficción elevada a sí misma no asegura una realidad... ¿O sí?”

** En ese caso tendría que ser una deidad atea o incluso nihilista, que no cree ni siquiera en sí misma. Borges estaba, a su vez, más orgulloso de todos los diccionarios que había leído que de todas los diccionarios que había escrito.

*** Esta referencia es, como todo lo demás, una ficción.****

**** ¿O no?

“En la colina”
2020 / Candaya / 128 p.



“Mínimas”
2022 / Seix Barral / 236 p.



EN UN MUNDO ATRIBULADO POR EL CAOS LA GUERRA Y LAS FAKENEWS

..Y ESTA SEMANA CERRARON CUATRO MINISTERIOS MÁS ...

...ES OFICIAL: EL HOMBRE COLORIN SE COMPRÓ OTRA ISLA

SÓLO EXISTE UNA FUERZA DE RESISTENCIA CAPAZ DE ATAJAR LAS CIRCUNSTANCIAS ANTES QUE SEA DEMASIADO TARDE...



GABRIELA

¿ALO?
¿QUIÉN?
¿DÓNDE?



VICENTE

¡OH! ¿QUÉ ES ESA SEÑAL DE LOS ASTROS?



DE ROKHA

MIENTRAS UN HOMBRE IMAGINARIO, AGUARDA...

paciencia, constructor, paciencia ...



PABLILLO

¡¡QUIÉN OSA INTERRUPIR MI ENJUNDIA!!



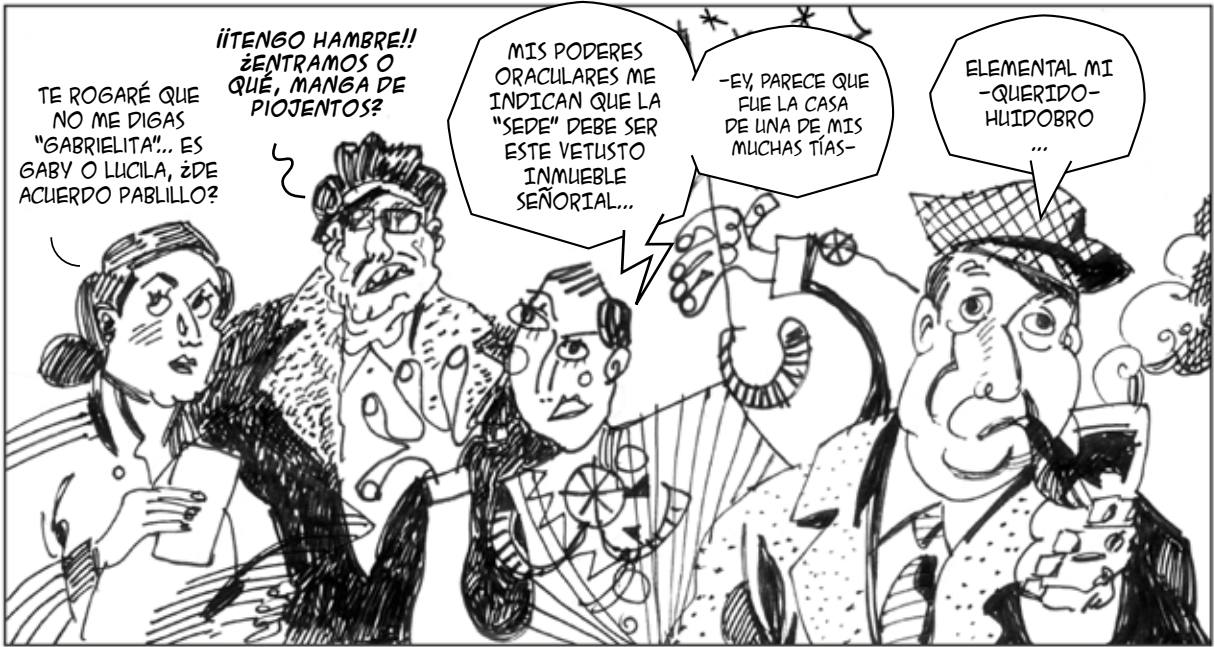
CÁSPITAS Y CARACOLAS ¿ES ESE MI NOMBRE ESCRITO EN LA HISTORIA? (POR SUPUESTO QUE LO ES)



CABALLEROS

VEO QUE TAMBIÉN FUERON INVOCADOS POR NUESTRO ANÓNIMO BENEFACTOR

GABRIELITA, USTED SE VE MÁS JOVEN CADA SIGLO



TE ROGARÉ QUE NO ME DIGAS "GABRIELITA"... ES GABY O LUCILA, ¿DE ACUERDO PABLILLO?

¡¡TENGO HAMBRE!! ¿ENTRAMOS O QUÉ, MANGA DE PLOJENTOS?

MIS PODERES ORACULARES ME INDICAN QUE LA "SEDE" DEBE SER ESTE VETUSTO INMUEBLE SEÑORIAL...

-EY, PARECE QUE FUE LA CASA DE UNA DE MIS MUCHAS TÍAS-

ELEMENTAL MI -QUERIDO- HUIDOBRO ...

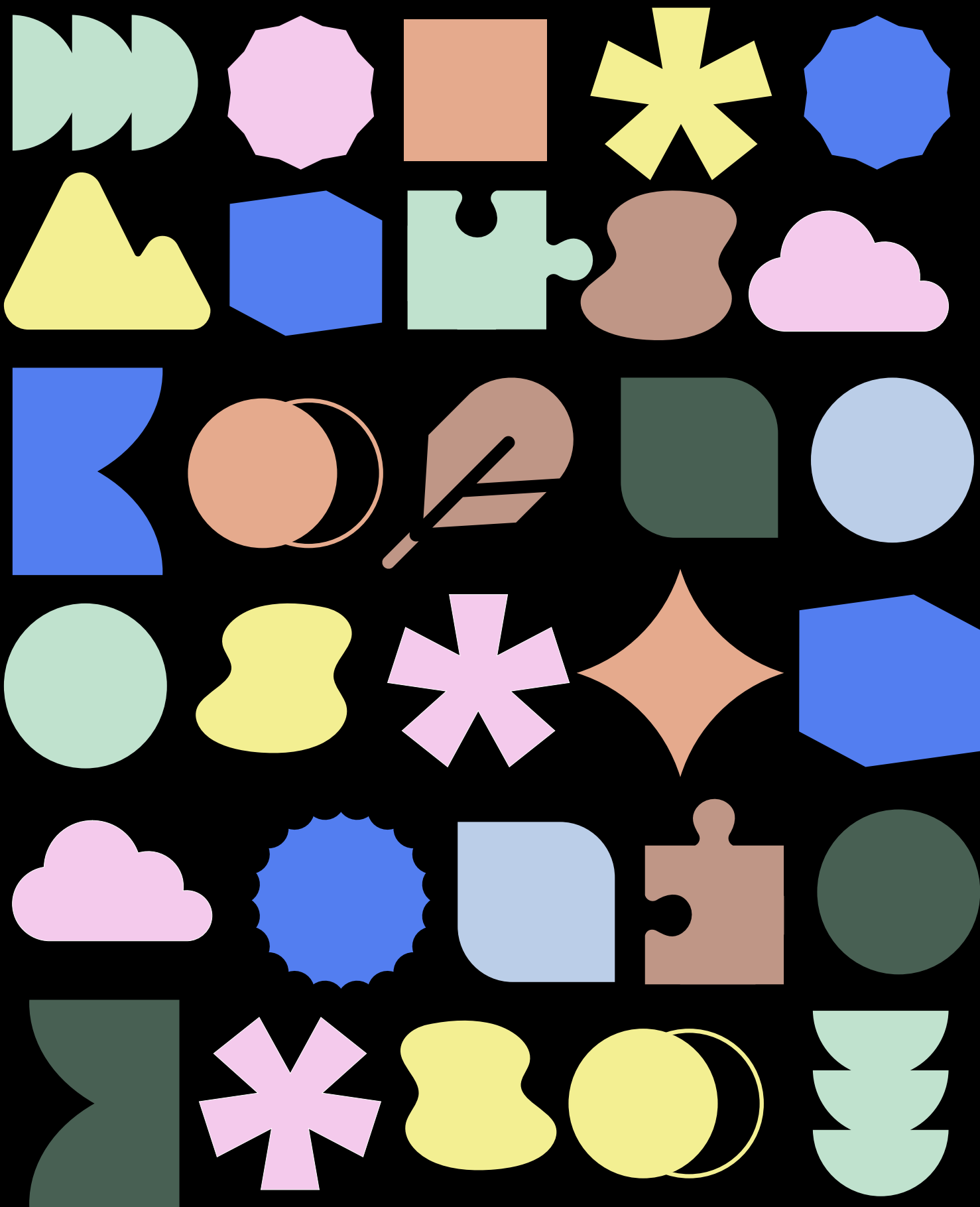


¡Oh mequetrefes y maquetrefas! ¿Cómo continuará la saga de nuestra recién conformada Liga Poética? ¡No os devaneis la moyera y averiguadlo con prontitud en nuestro próximo ejemplar! ¡Y que en el intertanto la justicia poética os resguarde!

LE TRA

el comité editorial de esta revista tan chica le extiende su muy grande agradecimiento a tod@s l@s colaboradores que la han hecho posible. esta publicación se ha gestionado mediante medios electrónicos y cuenta con la autorización de sus participantes. agradecemos, asimismo, por la plataforma de difusión del Magíster de Escritura Creativa de la UDP. hacemos extensivos nuestros agradecimientos a las vacas, los puercoespines, las palomas, las focas, las hormigas, ovejas, tortugas, gatos y tod@s los animales que han participado en este número.

chica



LE TRIA

Ants

